JOYAS DEL TEATRO.

COLECCION DE LAS MEJORES OBRAS DRAMÁTICAS REPRESENTADAS

EN TODOS LOS TEATROS DE ESPAÑA.

TEATRO PRINCIPAL.

LOS LIBERTINOS DE GINEBRA,

Drama en nueve cuadros.

BARCELONA,

Imprenta y librería de la Sra. Viuda é Hijos de MAYOL, editores,
calle de Fernando VII, núm. 29.
1848

LOS LIBERTINOS DE GINEBRA.

DRAMA EN NUEVE CUADROS

DE

Marco Fourvier,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. Arturo Vilgabec y D. Cirilo Athonna.

Representado en el Teatro Principal de Barcelona en Noviembre de 1848.

BARCELONA,

IMP. Y LIB. DE LA SEÑORA VIUDA É HIJOS DE MAYOL, EDITORES,

CALLE DE FERNANDO VII, NÚM. 29.

1848

Este drama es propiedad del editor de las JOYAS DEL TEATRO, quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente sin su permiso en cualesquiera Teatros del reino, sociedades, liceos, etc., con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844 relativas á la propiedad de obras dramáticas.

LOS LIBERTINOS DE GINEBRA.

Personajes.	Actores.
UAN CALVINO. . .	
DELETA DE BURES.	D.ª Juana Perez.
IIGUEL SERVET.. .	D. Juan de Alba.
ONATO.	D. Asencio Faubel.
ECOLAT.	D. Joaquin Parreño.
IGOGNE, tabernero de la *Rosa-Blanca*. .	D. Antonio Capo.
IARIA.	Sra. Burgos.
ONNIVARD. . . .	Sr. Casanovas.
ERTHELIER. . . .	
EDRO AMEAUX.. .	

Personajes.	Actores.
MATEO FELIPE. , .	
ROBERTO COP. . .	
HUGO VANDEL. . .	
JUAN LULLIN. . . .	
SIMON POTIN, carcelero.	
PEDRO, criado de *Calvino*.	
El SÍNDICO del consejo.	

Hombres y mujeres del pueblo. — Consejeros. — Patricios. — Soldados. — Marineros.

La escena en Ginebra. — Año 1553.

CUADRO PRIMERO.

La retractacion.

Unn plaza pública. Á la izquierda del espectador la fachada de la casa de la udad: á la derecha varias casas. Al fondo el valle del Arva, rodeado de elevadas linas pobladas de árboles. Al horizonte empieza á descubrirse el monte Jura. — ta plaza pública, llamada la Treille, *es una esplanada que debe dominar á bastante altura todo el fondo de la decoracion.*

Al levantarse el telon aparece la escena llede una multitud turbulenta. Diríjense todas miradas hácia la casa de la ciudad, en cuentrada hay dos alabarderos vestidos con colores de la república. — Otros dos están urdando un portillo particular, por donde en n y salen los que tienen que evacuar algun nego en la casa de la ciudad. — A un lado y ia la derecha se vé una coluna, sobre la l se hallan inscritas estas palabras: PARA QUE HAYA MURMURADO DE CALVINO. — *Los pos, que se muestran muy ajitados, contemn este poste en actitud amenazadora, burdose y despidiendo fuertes silbidos.)*

ESCENA PRIMERA.

OLAT, BERTHELIER, ROBERTO COP, HUGO ANDEL, MATEO FELIPE, EL UJIER DEL CONEJO Y VARIOS PAISANOS.

El ujier del consejo. (*en pié sobre las gradas*) ¡ Silencio, señores!

Muchas voces. ¡ Abajo los veinte y cinco! — ¡ Abajo Calvino!

El ujier del consejo. Silencio, Ginebrinos. — Los miembros del consejo se hallan reunidos.

Berthelier. Sí, reunidos como ovejas sujetas á la voluntad de Juan Calvino, el consejero de los consejeros.

Roberto Cop. Rabelais, que acaba de morir, siempre trataba de farsante y embaucador á ese Juan Calvino de Picardía, que posee con tanta perfeccion el arte de hacer saltar á los carneros.

(*Estallan sendas carcajadas: el ujier se retira.*)

ESCENA II.

LOS MISMOS, *escepto el ujier.*

BERTHELIER. ¡Vamos, señores, debeis convenir en que hay allí dentro veinte y cinco jueces que se están ocupando en examinar la conducta de los mas grandes criminales! ¡Se acusa á esos *feroces bandidos* de haberse ajustado sobre su jubon un encaje de Flándes, de haberse divertido con un paso de chacona, ó de una zarabanda, ó de haber bebido un poco mas de lo regular á la salud de la república!

ROBERTO COP. Uno de entre estos, Pedro Ameaux, uno de los principales de la ciudad, se ha atrevido á decir despues de beber, que Calvino hablaba con la nariz!

MATEO FELIPE. Mejor le hubiera valido blasfemar de lo mas sagrado que hay en el mundo. Murmurar de Calvino, es murmurar del hombre que se halla al frente de la república, que todo lo domina y es dueño por tanto de nuestras existencias. ¿No es verdad, Pecolat?

PECOLAT. En efecto, y lo que mas me llena de asombro y de espanto al mismo tiempo, es que este hombre se ha entronizado y desempeña todos los cargos, sin ser nada. Él ni es síndico, ni majistrado, ni consejero, ni juez, ni tan solo hijo de la capital. Es un estranjero, natural de Picardía, de padres desconocidos, ó al menos de oscuro linaje, y de la noche á la mañana se ha presentado aquí entre nosotros, ha empezado á predicar contra el papa, ha causado una revolucion en las ideas y en los espíritus y se ha adquirido un formidable partido de fanáticos, llegados de Francia y de Italia; por todas partes nos rodean sus espias; sus amigos, sus hechuras se han elevado al poder; el consejo de los veinte y cinco, los cuatro síndicos, el capitan general, el Estado entero, todos en fin le están adictos; apenas habla, cuando es al instante obedecido. En cuanto á nosotros, los Mateos Felipes, los Bertheliers, los Robertos Cops, los Hugos Vandels, nosotros los patricios de Ginebra, que no doblegamos aun bastante nuestra cerviz bajo la férula de ese pedante vestido de negro, nos vemos todos los dias insultados, calumniados, escluidos de todos los cargos públicos, perseguidos por una sola palabra, condenados por un solo jesto, y tal es el inmenso poder de que goza este charlatan, que á su voz se ha levantado ese insolente patíbulo. (*Al pronunciar estas palabras, muestra con el dedo la horca. En este instante, sale el verdugo por el portillo de la casa de la ciudad y sube sobre las gradas.*) Y aun para mejor escarnecernos y vilipendiarnos, se ha concedido tambien derecho de ciudadano á este hombre que veis ahí, en pié sobre las gradas. Este hombre es el verdugo.

(*El ejecutor de la justicia vuelve á entrar en la casa de la ciudad*).

ESCENA III.

LOS MISMOS, BONNIVARD, CIGOGNE.

CIGOGNE. (*ha oido las últimas espresiones de Pecolat*) Y bien! Qué tiene eso de estraño?

PECOLAT. Ah! hé aquí á Cigogne, á Cigogne el tabernero de la Rosa-Blanca, á Cigogne el poeta, á Cigogne el bufon!

BONNIVARD (*entre dientes*). A Cigogne el espia.

CIGOGNE (*pasa cerca de Bonnivard para ir á saludar á Pecolat*). Cigogne el espía saluda á Bonnivard el traidor. (*en alta voz á Pecolat*) Parece, señores, que nosotros tenemos la galantería de concedernos recíprocamente nuestros títulos y dignidades. No se haria mejor en la corte de Francia.

PECOLAT. Veamos, ¿qué quieres decirnos?

CIGOGNE. Quiero deciros que me asombr mucho lo que acabo de oir. Os quejais porqu al verdugo se le ha revestido con el título de ciu dadano, tened, pues, entendido que hoy di el verdugo es un personaje de la mayor im portancia y que á su lado vosotros que os glo riais con el nombre de patricios, sois unos se res insignificantes por cierto.

BERTHELIER. ¡Pillo!

ROBERTO COP ¡Bellaco!

MATEO FELIPE. ¡Bribon!

CIGOGNE. Señores, yo como particular so vuestro servidor, vuestro amigo; pero toma el trabajo de leer los estatutos criminales re dactados bajo los auspicios de ese buen Ca vino y podreis enteraros de la muy penosa ca ga que me imponen. Al que habrá blasfemad — la muerte. Al que habrá combatido la do trina y las creencias de Calvino, — la muert Al que habrá tomado inadvertidamente la m jer de su vecino por la suya, — la muerte. que se haya hecho decir la buena ventura una clara de huevo, — la muerte. Hé aquí castigos que hay establecidos para los deli

e primera clase, para los crímenes horrorosos sin remision. En cuanto á los que juegan á s naipes, que bailan, que cantan ciertas tro-as, que llevan los cabellos largos, ó que son emasiado aficionados al vino, para estos, re-to, tenemos la picota, las cárceles, los azo-s, las tenazas, el fuego, el azufre y la pez erretida..... ¿Y quién es el que nos ahorca, s arroja á las llamas, nos corta la cabeza, s rompe los brazos, nos infama, nos marca nos descuartiza con la mayor sangre fria y mas singular paciencia? ¡Es el verdugo, empre el verdugo! ¡Y aun llevais á mal el e se le haya otorgado el derecho de ciuda-no! ¡Ah! señores, eso es la mas negra in-atitud!...

(*Todos se echan á reir.*)

Bonnivard. Me parece, compañeros, que en z de reirnos de las impertinencias de ese vi-no, sacaríamos mejor partido en buscar un medio á los males qne nos afijen.

Cigogne. ¡Eh! Y cómo no le encontrais vos, ior de Bonnivard, vos el ardiente patriota, s el gran ciudadano, vos que desde veinte s gozais la fama de antiguo preso de Chi-n!

Bonnivard. Bien, Cigogne, ya veis que la no asoma á mi semblante; eso puede sig-icaros alguna cosa.

Cigogne. (*aparte*) ¡Maldito viejo!

Pecolat. No nos falta, Bonnivard, valor, ni olucion, pero, ¿donde está el que debe diri-os? A la verdad si lográsemos tener por á ese fogoso y espiritual enemigo de Cal-, á ese Miguel Servet que acaba de eva-e de los calabozos de Viena, el mas feliz o coronaría nuestra empresa. Hé aquí el bre que necesitamos: es cual otro Ariosto, te con la pluma, intrépido con la espada...

Bonnivard. Y si á ese Miguel Servet le tu-eis ya en vuestras filas, ¿qué hariais?

Cigogne. (*aparte*) ¡Bueno!.. Ya se ha me-el diablo de Bonnivard á conspirador.

Pecolat. ¿Qué haríamos, deciais? Escucha, , querido Bonnivard. Calvino no es un bre, es sí una doctrina, y una idea un ma, no pueden matarse con la espada. ra bien; nosotros no tenemos sino espa-contamos tan solo con la fuerza física, la fuerza bruta, menester es espresarnos mientras que Miguel Servet posee alguna mejor que el acero, esto es, la palabra.

Roberto Cop. Bah!.. un arma es un argu-mento como otro cualquiera y, si cabe, mas convincente. Muerto el doctor, muerta la doc-trina.

Bonnivard. Qué! un asesinato!

Cigogne (*aparte*). No pasará esto desaper-cibido.

Mateo Felipe. Está la pena del talion ins-crita en las leyes del Estado. El que mata, de-be morir; Calvino ha muerto la república, luego ..

Hugo Vandel. Cuidado, señores, conviene hablar bajo, cuando esto nos habla tan alto.

(*Señala con el dedo el patíbulo.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, JUAN LULLIN.

Una voz. (*à lo lejos*) Hé! Juan Lullin!

Uno del pueblo. Hé aquí á uno de los veinte y cinco!

Otro. Pardiez: Es uno de los jueces de Gruet!

El primero. Míralo bien; puede que tenga alguna mancha de sangre en sus manos.

El segundo. No lo creais, amigo, se las ha lavado ya cual otro Poncio Pilatos.

Berthelier. Hola, Juan Lullin! y ¿á donde vais tan aprisa?

Juan Lullin. Voy á juzgar á los que se pa-recen á tí, Berthelier, á los enemigos de Dios, á los impíos, á los libertinos!

Pecolat. (*á sus compañeros*) Ah! sí, á pro-posito, ¿sabeis, señores, que Calvino ha bau-tizado ya definitivamente *á nuestros correlijio-narios*, *á nuestro partido*, llamándoles liberti-nos? (*todos se echan à reir*) Pues bien, oye tú, confidente de los santos, soy yo quien en nombre de los libertinos te habla y te digo: se halla entre los acusados un hombre que per-tenece á nuestro bando; este hombre es Pedro Ameaux, miembro del consejo de los doscien-tos, desciende tambien como nosotros de los antiguos patricios, y como la nota de infamia que sobre su frente pesaria, recaeria á la vez sobre nosotros, te ordenamos aconsejes á Cal-vino, que se halla allí dentro para secundar con sus luces y su injenio á los jueces, que no olvide que nos hallamos nosotros aquí dispues-tos *á juzgar á los mismos jueces.*

Muchas voces. Bien dicho, Pecolat!.,. Viva Pecolat!

(*Se dirije esta multitud hácia el fondo.*)

Bonnivard. (*á Juan Lullin*) Ya veis, Juan Lullin, como se hallan ajitados todos los espíritus; si por consiguiente no quiere Calvino al salir del consejo perecer á manos de esa turba desenfrenada, es preciso, es urjente é indispensable que pase cuanto antes un oficio al capitan general, para que mande comparecer aquí algunos de nuestros italianos á quienes nuevamente se ha concedido el derecho de ciudadanos y que elija á los mas valientes y esforzados.

Juan Lullin. Voy al instante á prevenir á Calvino.

(*Entra precipitadamente por el portillo Bonnivard quiere alejarse, cuando le coje Cigogne del brazo y vuelve á bajar con él á la escena.*)

Cigogne. (*saludándole respetuosamente*) Hay, señor de Bonnivard, un hombre muy apreciado entre los libertinos, de quien se ha observado que una ó dos veces á la semana y hácia el anochecer, se introduce en un callejon desierto, llama á una puerta baja que se halla en el rincon de una pared, atraviesa un jardin, penetra en un gabinete donde escribe Calvino y se pone á conversar familiarmente con el santo pastor.

Bonnivard. Hay, señor de Cigogne, un hombré que convida á beber á los libertinos y que con su gazmoñería ha sabido captarse su confianza. Este individuo no frecuenta por cierto la casa de Calvino, pero en cambio ha traido de un pueblo á una sobrinita suya y la ha presentado al santo pastor, de quien es al propio tiempo ahijada. Esta señorita va una ó dos veces á la semana á ver á su padrino, con quien habla bastante familiarmente y le refiere además todo lo que pasa en la taberna de la Rosa-Blanca.

Cigogne. El hombre que hácia el anochecer se dirije al bufete de Calvino...

Bonnivard. Soy yo! La jóven que visita á su padrino...

Cigogne. Es mi sobrina. — Ya veo que los dos nos conocemos perfectamente.

Bonnivard. (*saludando*) Señor mio!

Cigogne. (*saludando tambien*) ¡Monseñor! (*se separan*) Sí, sí, compadre, burlaos tanto como gusteis; ya encontraré yo medio para haceros pagar bien caro mi silencio.

ESCENA V.

LOS MISMOS, DONATO.

(*Sale Donato del portillo de la casa de la ciudad y va á atravesar la plaza.*)

Una voz. ¡Ah! ¡Hé aquí al discípulo, al íntimo y querido amigo de Juan de Noyon!

De todas partes. ¡Donato! Detened á Donato!

Otra voz. ¡El fiel servidor de Calvino, su esclavo!

El primero. ¡Su espía!

El segundo. ¡Su perro!

Donato. ¡Insolentes!

Roberto cop. ¿A quién vas á entregar ese mensaje que te veo en la mano?

Donato. A nadie debo dar razon de ello, sino á mi señor.

Roberto Cop. Y quién es tu señor?

Donato. El que lo es de todos vosotros.

Roberto Cop. Vandel, tómale ese pliego y dámelo.

Donato. (*retirándose un poco*) ¡Ay del que ose tocarme!

Bonnivard. (*que se halla detrás de Donato*) Es algun oficio para el capitan general?

Donato Sí!

Bonnivard. Deja, ya me encargo yo de presentárselo. (*Toma el pliego y desaparece.*)

Roberto Cop. Y bien! que nadie se muev de su puesto!... Ese infiel me pertenece, porque le aborrezco y no le puedo sufrir. Dí, Donato, ¿tienes presente todavía á un tal Robert Cop?

Donato Sí, bien me acuerdo de un travieso é inmoral jóven que fué condiscípulo mi en la escuela de teología y á quien espuls Calvino como indigno de leer en la palabra d Dios.

Roberto Cop. Por vida de!. Pero no, quiero molestaros y afligiros; solamente quiero deciros que vais á darme ese mensaje grado ó por fuerza.

Donato (*con ironía*) Si logras tomármel no podré negar tu habilidad.

Roberto Cop. Pues sea así... aguarda, v al instante á registrar tus faltriqueras con punta de mi puñal.

Uno del pueblo. Sí, sí, perezca el traid

Muchas voces. Muera el traidor! Al a el bastardo!

Donato. Miserables!!!

(*Se arrojan todos sobre Donato, cuando*

epente comparece un hombre que con su baston epara la multitud.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, SERVET.

SERVET. (*va cubierto con un hábito de los ermanos suizos que viajaban en aquella época or la propagacion de la fé*) Atrás, villanos! eclaro que mientras yo viva, ninguno de vo-tros se atreverá siquiera á hacer caer un ca-ello de su cabeza. Este buen hombre me ha ncontrado esta mañana en el camino, en el omento en que iba á entrar en la ciudad, y ver mi fatiga, mi cansancio y mis padeci-ientos, me ha dado con la mayor generosi-d su bolsa, diciéndome: Tomad, es todo lo ue tengo. Vosotros ahora le amenazais con estros puñales y os mostrais tan valientes ntra una sola persona indefensa, pues bien, me acerco á ella y la digo á mi vez: Te rezco mi vida; es todo lo que tengo. (*Saca puñal.*)

DONATO. Quien quiera que seais, gracias.

PECOLAT. (*acercándase*) Conozco que sois en hombre y eso me gusta. Tu accion es gna de recompensa. En cuanto á vos, Dona-, creedme, no os espongais mas á nuestra lera.

DONATO. (*á sí mismo*) Oh! estos bandidos han llamado bastardo! (*al hermano suizo*) l gracias, repito, á mi salvador! (*á Pecolat los suyos*) Señores, quiera Dios que se ter-nen tantas insolencias. (*Sale por la dere-a.*)

ESCENA VIII.

OLAT, SERVET; *en el fondo la multitud siem-pre inquieta y agitada.*

ERVET. (*ha examinado con la magor aten-á Pecolat mientras estaba hablando y le conducido delante la escena*) Te llamas tú olat?

ECOLAT. En efecto, este es mi nombre.

ERVET. Te acuerdas de Miguel?

ECOLAT. Miguel!...

ERVET. Sí, Miguel de Villanueva.

ECOLAT. Miguel de Villanueva! Ah! sí, sí, parece tenerlo presente.

ERVET. Reconoces este puñal?

PECOLAT. Miguel! eres tú!..

SERVET. Soy yo, silencio! Dentro una hora te aguardo enfrente la puerta del lago.

PECOLAT. Dentro de una hora!.... bien, estaré allí. (*Se separan.*)

(*Abrese la gran puerta de la casa de la ciudad, comparece el presidente del consejo de los veinte y cinco seguido de sus ujieres.*)

EL SINDICO. Silencio, vecinos y habitantes de Ginebra. Hé aquí las sentencias y decretos que acaban de dar los señores del consejo, ausiliados del parecer y dictámen de nuestro muy piadoso y respetable. Juan Calvino, pastor de esta ciudad.

MUCHAS VOCES. Escuchad, silencio, escuchad!

EL SÍNDICO. (*leyendo*) «Queda prohibido llevar calzones recortados, segun la moda española, lo mismo que cadenas de oro y de plata, adornos en la cabeza, bordados en los vestidos y mas de dos sortijas en los dedos.»

PECOLAT. (*con ironía*) No son malas disposiciones por cierto; es mucha la libertad que cada dia nos va concediendo el bueno de Calvino. (*Riénse algunos.*)

EL SÍNDICO. «En virtud de los otros edictos ya publicados y por lo que toca á Pedro Ameaux vecino de esta ciudad...»

MUCHAS VOCES. La sentencia! la sentencia de Pedro Ameaux! oid!... oid!...

EL SÍNDICO. (*leyendo*) «Por haberse burlado y murmurado del muy grande y muy devoto Juan Calvino y haber caido en el vergonzoso estado de embriaguez: ordenamos que Pedro Ameaux será al instante conducido á esta plaza por el verdugo con una cuerda al cuello y la cabeza desnuda y que despues de haberse arrodillado al pié del catafalco dispuesto á este efecto, pedirá perdon á Dios y á los hombres de las palabras que ha proferido relativamente á la muy honrada persona de dicho señor Calvino y dará un público testimonio de arrepentimiento y de contricion,»

(*Baja el síndico seguido del verdugo y de sus ujieres y entran por el portillo.*)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, *despues* PEDRO AMEAUX, EL PRESIDENTE, BONNIVARD Y CIGOGNE.

DE TODAS PARTES. Abajo Calvino!... Abajo los veinte y cinco..! Al agua Juan de Noyon!.. Que muera el anticristo!...

PECOLAT. Vos, gran juez de aqui dentro, pagareis bien cara nuestra venganza.

BERTHELIER. (*en alta voz*) Permitirémos que vaya á ejecutarse tamaña iniquidad!

MUCHAS VOCES. No! no! no!!!

BONNIVARD. (*que se presenta acompañado de un gefe*) Cincuenta italianos bien armados bastarán para hacer callar á esos vocingleros.

(*El gefe se retira.*)

CIGOGNE. (*bajo á Bonnivard*) Cuánto os darán por haber llevado este mensaje al capitan general?

BONNIVARD, Diablo de Cigogne! cuando dejarás de incomodarme?

(*Se ve salir por el portillo un peloton de alabarderos, y luego despues Pedro Ameaux con una cuerda al cuello; va á colocarse al pie de la argolla. Es conducido por el verdugo y por el presidente.*)

DE TODAS PARTES. Viva Pedro Ameaux!

PEDRO AMEAUX. Ciudadanos de Ginebra! ya veis como son tratados vuestros patricios y señores. Yo, Pedro Ameaux, miembro del consejo de los doscientos é hijo de la república, voy á hincarme de rodillas ante el descendiente de un simple procurador de Picardía.

DE TODAS PARTES. No! no! no! Muera Calvino!

(*Abrense de par en par las grandes puertas de la casa la ciudad y comparece todo el consejo.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS, EL CONSEJO.

EL SÍNDICO. Pedro Ameaux, te arrepientes?

PEDRO AMEAUX. Sí! me arrepiento de no haber herido á Calvino con mi puñal, en vez de haberle ofendido con mis palabras.

DE TODAS PARTES. Viva Pedro Ameaux!

PECOLAT. Ah! Italianos! (*Desembaina la espada y se observa al mismo tiempo un movimiento en la mullitud, empeñándose una sorda y rápida lucha.*)

BERTHELIER. Traicion!

TODOS. Traicion!

(*Llega por el fondo una compañía de italianos, la cual espulsa con violencia á todos los revoltosos. Pecolat y sus amigos se recojen en el ángulo de la izquierda, en donde se hallan algo distantes de los esbirros.*)

CIGOGNE. (*bajo á Bonnivard*) Vuestra conducta no puede menos de reportaros el mas grande honor.

PEDRO AMEAUX. Temes acaso tu triunfo, Calvino, cuando te ocultas mientras están trabajando tus esbirros?

EL SÍNDICO. Pedid perdon, Pedro Ameaux, ó sino el verdugo tiene órden de heriros por la espalda.

(*El verdugo echa al suelo á Pedro Ameaux.*)

EL SÍNDICO. (*repitiendo*) Pedro Ameaux, demandad gracia y perdon.

(*Reina un instante de silencio.*)

PEDRO AMEAUX. (*con un acento de rabia desesperacion*) Gracia! Perdon!!!

BERTHELIER. Oh abatimiento! Oh humillacion!

PECOLAT. Oh patria!

CUADRO SEGUNDO.

El hermano suizo.

Un patio destinado para los concurrentes á la taberna de la Rosa-Blanca. La casa se halla situada á la derecha del espectador y se llega á ella por cuatro gradas; á la izquierda un emparrado; al fondo una pared en medio de la cual se halla una puerta, y por último á lo lejos se descubre la ciudad.

ESCENA PRIMERA.

MARIA *sola.*

(*Está mirándose en una cuba.*)

¡Vaya una miserable cuba! Hé aquí el único espejo en que se me permite mirarme. ¡Qué chasco me he llevado, yo que me figuraba que al llegar á la ciudad se me daria

osento magníficamente adornado y en el e nada faltase! Pero en fin, paciencia!... Y n si llegaba mi padrino á sospechar que pa- vestirme y componerme tiene que servirme espejo una cuba llena de agua, empezaria echarme sermones y mas sermones, y á fasti- rme completamente. — Y pensando en otra sa, qué feo es mi protector! y sin embar- se le tiene por un gran hombre... (*Mien- ts está hablando, va arreglando las mesas las botellas.*) No por cierto, nó! no qui- ra yo á un gran hombre por marido!—Ade- s, yo no sé, ese señor Calvino, que dicen chos ser tan malo, tan perverso, siempre rie conmigo cuando le cuento historias... No go mas que narrarle una aventura, un he- cualquiera para ponerle de buen humor!..

ESCENA II.

MARIA, CIGOGNE.

IGOGNE (*entrando*). ¡Hola! Maria, siem- os encuentro trabajando.

IARIA. Ah! sois vos, tio!.. ¿Sabeis que ten- que quejarme de vos? Dejarme así sola en taberna, la que ninguna persona frecuen- urante el dia!.. Y además corriendo ries- e ser sorprendida por esa puerta de aqui ás!...

GOGNE. Bah! es una puerta que dá al la- No creo yo que por allí vengan á robarte.

ARIA. Quereis decir que es muy dificil se ente nadie por el lago; pues á mi entender o es. Demasiado sabeis que la otra tarde do compareció aquí el señor Calvino, fuí yo le acompañé, dirijiendo al propio tiem- góndola.

GOGNE. Escuchad, María, vos, como todas rsonas de vuestro sexo, sois muy propen- hablar y á comunicar á los demas todos ros secretos y pensamientos, y esta fla- , que así puede llamarse, la poseeis en eminente. En su consecuencia, os ad- o que os guardeis bien de decir á nadie ois la ahijada del señor Calvino, ni tam- que venga á verme algunas veces, pues contrario me veria precisado á separaros lado y volveros á enviar á vuestras mon- con vuestras vacas y vuestros carneros.

RIA. Si, por lo que aquí me divierto!

OGNE. Como! qué?

RIA. Sí, sí, en mi aldea bailaba todas las tardes bajo el tilo de la iglesia y tenia hermo- sos vestidos para poder lucir los domingos, mientras que en la ciudad ni hay tilo, ni can- ciones, ni bailes: aquí no oigo otra cosa que edictos. — Malditos edictos! Quiero ponerme mi sobretodo de terciopelo azul,—un edicto lo prohibe! Quiero pasar por debajo de mi toca un bucle de mis cabellos, — un edicto lo pro- hibe! Quiero cantar las cuitas del bello Ama- dis, — no puede ser; entonad en su lugar vuestros salmos, recitad vuestro catecismo, todo siempre á causa de los edictos.

CIGOGNE. Entonces, ya que el temor de ser enviada otra vez á disfrutar de vuestros placeres campestres, ninguna influencia ejerce sobre vuestra discrecion, debo añadiros que me veré en la dura y triste necesidad de abandonaros á todo el furor y á toda la cólera del espiritual Calvino.

MARIA. Pues tambien andais en esto equivo- cado.... Él!... él infundirme el mas mínimo terror!.. Oh! conozco bien su carácter... Al primer momento, cuando recibe una impresion que le desagrada, ó bien se le incomoda, se alborota, grita, es una verdadera tempestad.. pero á mí, me espanta muy poco. — Le cuento alguna historia; «Padrino mio, le digo, apro- pósito, no sabeis... el otro dia Pedro Ameaux dijo en la taberna que cuando predicabais, ha- blabais con la naríz. (*Lo imita*) «Amados her- manos, que la paz esté con vosotros y con vues- tras familias.» (*Rie.*) ¡Ay Dios mio! y qué bien le escarnecia! ah! ah! ah!.. Al escucharme el digno pastor, no puede menos que reirse tam- bien y todavia mas fuerte que yo; así le tengo alegre todo el dia. Y al acercarse la noche, cuando me retiro: «Maria, me dice, vuestro tio me ha pedido licencia para establecer una especie de cantina en el patio del castillo de Lille, á donde los presos puedan acudir á beber, puedes comunicarle que queda ya autorizado para ello.» Con eso podeis ver que no es mi padrino tan malo como quieren suponer.

CIGOGNE. (*ap.* ¡Y cómo se esplica! (*A Ma- ria.*) vamos! menester es que eche mano de otros medios. Hablad, señorita, tanto como gusteis en casa de vuestro padrino, enteradle de todo, esplicadle cuentecillos, hacedle reir, burlaos de él, todo os lo permito; pero aqui nó, ni una sola palabra, quiero permanezcais muda! y cuidado! así lo mando, y en el ins- tante mismo en que me desobedezcais, os en- cierro y no ireis mas á casa de Calvino, lo

que significa, si no me engaño, que no vereis mas á vuestra madrina...

MARIA. ¡Mi madrina! mi buena madrina!...

CIGOGNE. ¡Ah! ah! parece que va séria la cosa, eh?

MARIA. Bueno, señor, bueno: si así lo ordenais callaré.

CIGOGNE. Me parece oigo ruido... (*se asoma á la puerta.*) Una litera!... ¡Ah! no me engaño... es .. (*vuelve á bajar la escena*). Cuando se habla de ciertas personas... Vuestra madrina!

MARIA. ¡Mi madrina! Vuelo á su encuentro.

CIGOGNE. A la verdad que poco contaba yo ahora con esta visita!... Pero, ¡qué imprudencia!... si la ven aquí, estoy perdido...

ESCENA III.

MARIA, IDELETA, CIGOGNE.

IDELETA. Buenos dias, Maria, buenos dias amigo.

CIGOGNE. Señora, qué feliz casualidad!

IDELETA. (*sonriendo*). No me aguardabais, eh?

CIGOGNE. En efecto, señora, es la primera vez que me haceis semejante honor.

MARIA. ¿Acaso, venís á buscarme, madrina?

IDELETA. Sin duda, hija mia, y si consiente en ello vuestro tio...

CIGOGNE. ¡Cómo pues! Ya sabeis que Maria está siempre á vuestras órdenes, y á fé que hoy viene esto perfectamente. Pecolat da esa noche una gran fiesta, y soy yo su *factotum*. Así mañana podreis devolverme á Maria.

(*Cigogne inquieto va á vigilar la puerta.*)

MARIA. ¡Bien! hasta mañana, voy á pasar todas estas horas á vuestro lado, cerca de vos. ¡Qué dicha! ¡Ah! voy á ponerme el vestido nuevo... (*Da algunos pasos y vuelve.*) ¡Oh! ¡Dios mio! y que hermoso es mi vestido nuevo.... pero, es lo malo que no podré ir á saludar á mi padrino...

IDELETA. Porqué no, hija mia!

MARIA. Y los edictos?

IDELETA. ¿Qué dices, los edictos?

MARIA. ¡Ah! vos, madrina, no pensais en ellos, porque poco os afectan... Como vais siempre vestida de negro...

IDELETA (*grave y triste.*) Hija mia! antes de llevar el nombre de Calvino, me llamaba Ideleta de Bures, y en aquel entonces perdí á uno á quien amaba mucho... mucho... mas que mi vida... Desde ese fatal dia he usado este tra negro.

MARIA. ¡Pobre madrina!,.. Corro á vestirm y si entre tanto gustais subir á mi aposento, enseñaré una magnífica valona que he bordad para mi padrino.

IDELETA. Y que quieres regalarle, eh?

MARIA. Sí, porque pronto es el santo de m tio... y quisiera que ese dia me permitiese m padrino bailar un poco.

IDELETA, (*sonriendo*). Con mucho gusto m encargo de este gran asunto... pero debo pr veniros que no gozo de mucha influencia cer ca de Calvino.

MARIA. ¡Oh! poco importa, ya la tengo yo permaneced tranquila...

IDELETA. Vamos, te vienes?

MARIA. Vuelvo al instante, madrina. (*Ent dentro.*)

ESCENA IV.

CIGOGNE, IDELETA.

CIGOGNE. Es menester, señora, que os h ble con franqueza. Es de la mayor importan que las personas que frecuentan esta taber ignoren mis relaciones con el señor Calvin por lo tanto ya comprendereis... vuestra p sencia en este lugar puede ser perjudicial podeis ser reconocida... Pensad que esta no estará este patio lleno de los mas encarniza enemigos de vuestro esposo.

IDELETA. ¿Calvino tiene pues... muchos c trarios?

CIGOGNE. Yo lo creo y demasiado que los breis oido gritar esta mañana.

IDELETA. Sí, en efecto. Cuando Calvino ha dejado, he observado que tenia el ro mas sombrío que de costumbre... Acompa bale Donato, á quien todos detestan y al recen, entonces la inquietud se ha apode de mí... no he podido resistir al deseo de lo que pasaba y no sabiendo qué pretesto gar, me he dirijido aquí. Por lo demás, s verdad... he oido gritos de muerte!

CIGOGNE. ¡Oh! pero tranquilizaos... mai al rayar el alba abordará aquí, detras de casa, una barca cargada de mosquetes y de vora... Nada temais, os repito, y podeis á vuestro marido que cumplo fielmente sus encargos y que le soy del todo adic (*Aparte.*) Eso no puede perjudicar... (*A*

cero silencio... me parece... sí... alguien se cerca... Señora!...

IDELETA. Me retiro.

CIGOGNE. Y sobre todo bajaos el velo cuando salgais. (*Sube la escena.*)

IDELETA. (*A si misma.*) ¡Infame!... Y envelve á Donato en ese torbellino de ódio... Pobre Donato! (*Entra en la casa.*)

ESCENA V.

ERVET, *disfrazado siempre con el hábito de hermano suizo*, PECOLAT, CIGOGNE.

PECOLAT. ¿Cigogne?

CIGOGNE. ¿Monseñor?

PECOLAT. ¿Nadie viene por aquí á estas ras?

CIGOGNE. Nadie por lo regular: vuestros igos no frecuentan esta taberna, sino hasta trada la noche.

PECOLAT. Dános vino y mientras estarémos nversando con este hermano, ponte de ace- o en la calle y corre á prevenirme si alguien acerca. (*Siéntanse el hermano y Pecolat jun- á la mesa colocada en la izquierda.*)

CIGOGNE. (*aparte*). ¡Vaya un contratiem- ! ¡Qué compromiso, si llega á ser descu- rta!..... Sin embargo, mientras se acuer- de bajar su velo!

PECOLAT. ¡Y bien!

CIGOGNE. Ahí teneis, monseñor, lo que me diais. (*Dále vino y vasos.*) Apropósito, ¿la sta tendrá lugar esta noche?

PECOLAT. ¡Vaya! Y quiero que sea magní- y espléndida; nada faltará; tendrémos mú- y baile. Será el dios de la fiesta Pedro eaux, y su frente que ahora mismo acaba marcar de infamia el verdugo, se levantará noche radiante y coronada de arrayan- o, decidme, Cigogne, ¿sabeis vos algo de ?

CIGOGNE. ¿De qué, monseñor?

PECOLAT. De las palabras por las que tan osamente le han condenado: ¿sabeis en qué ar las profirió?

CIGOGNE. (*Aparte.*) ¡Ay!... (*A Pecolat.*) Lo oro... completamente...

PECOLAT. Aquí mismo... hace unos ocho dias, medio de veinte de nuestros compañeros.... estabas allí y nos dabas de beber, cuando ida tu linda sobrinita por nuestras grandes s, me parece la estoy viendo aun, se acer- hasta el umbral de la puerta.

CIGOGNE. No cabe ninguna duda, señor, habia allí dos espías...

PECOLAT. ¿Cómo?

CIGOGNE. Ciertamente, puesto que está probado que hoy dia, gracias á la policía secreta de los veinte y cinco, hay en Ginebra un delator por cada diez ciudadanos. Es así que vosotros erais en número de veinte, luego...

PECOLAT. Basta! (*Sacude tristemente la cabeza.*) Acaso tengais razon! Pero dejemos esto...

CIGOGNE (*aparte*). Me libré de buena. (*Sale por el fondo.*)

ESCENA VI.

SERVET, PECOLAT.

(*Servet se descubre un poco y deja ver un traje rico y serio.*)

PECOLAT. Es el caso, Miguel de Villanueva, segun acaban de decirme, que te vés perseguido vivamente por Calvino, quien ha jurado hacerte ahorcar; le creo muy capaz de ejecutarlo, pero al mismo tiempo no puedo comprender como un jentilhombre de tu clase llegue hasta el estremo de temer á un pedante que nada entiende, al menos así lo creo, en manejar la espada y cuyo talento se reduce á garabatear en latin y condenar al suplicio á todos cuantos se le antoja.

SERVET. ¿Te acuerdas, Pecolat, de una aventura en la que ibas á perder la vida, hace ya diez y ocho años, en Strasburgo, despues de anochecer?

PECOLAT. ¡Sí, bien lo tengo presente! Era cuando mi embajada cerca del rey Francisco I, quien nos habia prometido tropas contra el duque Cárlos. A mí se me dió órden de pasar á Strasburgo para ver al jacobino Bucer. Yo era entonces muy jóven! trabé amistad con la esposa del senescal, y mis asuntos iban tomando un sesgo favorable, cuando una noche, al revolver una esquina, me ví brúscamente acometido por seis hombres, quienes hubieran puesto fin á mis amores, sin el ausilio de un desconocido que me salvó de tan triste situacion, deshaciéndome de aquellos bandidos. ¡Vaya un valiente! En menos de un minuto no quedaron de aquellos seis esbirros mas que dos, bien estropeados por cierto, quienes huyeron á favor de la sombra. Me dirijí luego hácia mi libertador, ¿vuestro nombre? le pregunté.

Miguel de Villanueva, me contestó, natural de Tudela, en España. Pues bien, Miguel de Villanueva, le dije, toma ese puñal, en el que está grabado mi nombre, y si algun dia tienes necesidad de mi corazon, ó de mi vida, acuérdate del juramento que, en este mismo instante, tomando al cielo por testigo, te hago, de defenderte como tú me has defendido, de salvarte como tú me has salvado. Despues de un tierno adios nos separamos, Ahora te doy gracias por no haber olvidado ni mi juramento, ni mi nombre. (*Se estrechan la mano.*)

SERVET. Todavía una pregunta! Pecolat.

PECOLAT. Habla, te escucho.

SERVET. ¿Has oido por casualidad pronunciar alguna vez el nombre de una persona que goza bastante fama en el mundo, gracias á la manera particular con que persigue con sus sátiras á vuestro Juan Calvino, natural de Picardía? No ha mucho que este hombre, célebre ya por sus escritos, ha tenido el honor de ser encerrado en la torre de Viena, acusado por el mismo Calvino, y creo iba á pagar con su cabeza los gastos del proceso, cuando ha tenido el talento de abrirse paso y evadirse de la cárcel.

PECOLAT. ¡Calla! lo que me cuentas, no es otra cosa que la historia de Servet, de Miguel Servet! Y bien, ¿que quieres decir con ello?

SERVEV. La conclusion de todo esto es, que el jentilhombre que te salvó la vida en las calles de Strasburgo, es el mismo temerario escritor que acaba de salvar la suya escapándose de su prision. (*Levántanse los dos.*)

PECOLAT. ¡Servet!

SERVET. Este es mi nombre: no tengo otro.

PECOLAT. ¡Qué! Eres tú ese hombre, cuyo espíritu y cuyas luces y talento nos admiran, á quien se llama iutrépido y aventurero? ¿Eres tú ese Miguel Servet que ha sostenido discusiones contra la Sorbona, contra Zwingle y cuyo solo nombre llena de terror á Calvino? ¡Y quieres ahora partir y has pedido una barca para atravesar el lago, para huir, cuando aquí, en Ginebra, treinta familias patricias no están aguardando otra cosa que un jefe y una bandera!

SERVET. Sí, quiero partir, es necesario hacerlo... He recorrido ya toda la Alemania, toda la Suiza, toda la Francia... me falta recorrer aun la Italia desde la Lombardía hasta la Calabria. Si en ese viaje no encuentro tampoco lo que deseo, no sé, quizá atravesaré los mares.

PECOLAT. Y bien, ¿qué es lo que buscas así, de esta manera, en el mundo entero?

SERVET. Una mujer y un niño.

PECOLAT. ¿Una mujer... un niño?

SERVET. Escucha. Tenia veinte años apenas, cuando me batí en Alemania en defensa de Carlstad y Munzer; me hallé en esa gran batalla de Franckausen, en la que Munzer, el terrible anabaptista, dió su último grito de guerra. Quedó este vencido y sus bandas se dispersaron por todos los caminos de Alemania. Cubierto estaba el pais de familias errantes, perseguidas por la espada de los vencedores. Una mujer, una jóven, quiero decir, huia sola, separada de los suyos, estenuada de fatiga y cansancio y llena de terror. Amparéla, toméla bajo mi proteccion, y los dos juntos fuímos divagando por espacio de muchos meses atravesando bosques y desiertos. Llegamos en fin á Strasburgo, en donde logramos ocultarnos. Esa pobre criatura, hermosa y resignada como una santa, sin patria, sin hogar, no pudo menos de dispertar todas mis simpatías, sí, porque ella me amaba, y yo la amaba tambien... Nos unimos segun la fé de los anabaptistas, es decir, sin sacerdote y delante de Dios. Fué, pues, mi esposa y la dí el nombre de los Bures, que es el de mi familia, porque segun la fé de Munzer, dos palabras juradas ligan para siempre dos almas y dos corazones. Se llamó por tanto Ideleta de Bures, condesa de Villanueva.

PECOLAT. Pero en aquella época, se persegui todavía con encarnizado furor á los antiguos sectarios de Munzer.

SERVET. Si, en aquella época se nos descubri se apoderaban de nosotros, se nos juzgaba, se nos quemaba, todo en menos de veinte cuatro horas. Sucedió, pues, que fuí descubierto...

PECOLAT. ¡Cielos!

SERVET. Era necesario huir... pero Ideleta i á ser madre y no tuve suficiente valor pa hacerla seguir mi destino. Partí solo, y durante largos meses y años, anduve errante p las Ardenas, acosado de soledad en soledad perseguido... continuamente por mis viles infames enemigos.—Un dia entregóme una ca ta un buhonero de la Lorena, la que est concebida en estos términos: «Un anabapt acaba de ser quemado públicamente en Bas bajo el nombre de Miguel de Villanueva; consiguiente vos podeis vivir aun, si tomais c

ellido.» Concluia este escrito con amenazas muerte, si llegaba á descubrir este miste-. Entónces díme á conocer bajo el nombre puesto de Servet y fuí corriendo á Strasbur- con la esperanza de volver á encontrar á eleta... Llego allí, busco, pido, me propor- no informes, nada! Ideleta no era conocida nadie!

PECORAT. ¿Y despues?

SERVET. Luego despues fuí recorriendo una r una todas las provincias de Francia y Ale- nia. Nada, siempre nada. Entónces, á fin de traerme, quise profundizar todos los arca- s de la ciencia, pero nó con la serenidad de espíritu tranquilo, sino con la ajitacion de cólera y del dolor que me hizo buscar la ha mas bien que la verdad. ¡Oh¡ sí, la lu- ! Erame necesario un ódio, una víctima, y ojí á Calvino. Jamás nos hemos visto, jamás s hemos hablado, pero yo no sé, le abor- co de muerte, sí, le detesto, porque en la ca de las persecuciones, él se hallaba en asburgo y fué sin duda uno de mis inquisi- es. ¡Cosa estraña! un secreto pesar me de- a; siento un irresistible deseo de ver á ese bre. En el momento de escalar las paredes mi prision, le he escrito que me evadia, que diese un salvo conducto, que me presen- en Ginebra y que allí frente á frente en- ríamos nuestras fuerzas. Ninguna contes- on he recibido, si bien que en vez de pasar inebra para desafiar á ese infame, he ve- aquí á pedir una barquilla y á proporcio- ne los medios para dirijirme en seguida á a.

ECOLAT. ¡Insensato! Quédate con nosotros. eres ver á Calvino frente é frente, has di- ? pues bien, nosotros te lo enseñarémos, iez! y de cerca!

RVET. ¡Nó! no puede ser! Tengo una idea, ensamiento fijo, y esta idea, este pensa- to me impulsan á partir para Italia.

COLAT. ¡Siempre esa mujer! Y si no es que un fantasma que se presenta en tus os, si no ecsistiera ya?

RVET. ¡Muerta!... (*Aparentando el mas ndo dolor.*) Es imposible... En el mismo nte en que hubiera exhalado su postrer iro, hubiera oido en las tinieblas una voz, era oido desde su tumba un sollozo amargo, corazon se hubiera estremecido... ¡Nó, aun!...

ESCENA VII.

PECOLAT, SERVET, MARIA, IDELETA.

MARIA. (*dentro de la casa.*) Tio, tio! (*Abre la puerta.*) ¿Adonde, pues, habrá ido mi tio?

PECOLAT. (*Acercándose á Maria.*) Estará sin duda por aquí cerca, en la calle.

MARIA. ¡Gracias, Pecolat! (*A Ideleta que sale de la casa.*) ¡Señora! vuestro velo! (*Abre la puerta de la calle.*) Tio, haced avanzar la litera... (*Ideleta y Maria se alejan y desaparecen.—Es preciso advertir que ántes de bajarse el velo Ideleta, Servet ha hecho un movimiento muy marcado de sorpresa.*)

ESCENA VIII.

PECOLAT, SERVET.

SERVET. (*que ha seguido á Ideleta con la vista.*) Pecolat, ¿has visto el rostro de esa mujer antes de que se bajara el velo?

PECOLAT. No solamente la he visto, sino que la he reconocido, y será preciso que Cigogne me diga...

SERVET. ¿Su nombre? ¿Cuál es su nombre?

PECOLAT. Lleva el de su ilustre esposo.—Calvino.

SERVET. (*con desesperacion.*) ¡Calvino!

PECOLAT. Una santa persona, segun dicen.

SERVET. ¡Calvino!

PECOLAT. ¡Y bien! ¿Qué es lo que te sucede? ¿Porqué esa ajitacion, ese pasmo?

SERVET. Pecolat, ya no parto: desde este instante mismo soy de los vuestros, voy á tomar parte en vuestras empresas, y mi acero, mis palabras y mi alma todo os pertenece.

PECOLAT. ¡Qué! ¡Te quedas!

SERVET. Sí, me quedo y correrá sangre... entiendes... correrá sangre, porque esa mujer..

PECOLAT. ¡Esa mujer!...

SERVET. Esa mujer... es Ideleta de Bures!!

(*Parte precipitadamente.—Le sigue Pecolat.*)

CUADRO TERCERO.

El arresto.

En casa de Calvino. — Habitacion principal de su casa. — Chimenea á la izquierda. — Entre la chimenea y el fondo una puertecita que conduce al despacho de Calvino. — En frente y en primer término, otra puerta oculta por un tapiz. — Esta puerta conduce al aposento de Ideleta. — En el fondo una gran puerta de dos hojas. — Una mesa á la izquierda cerca de la chimenea y encima todo lo necesario para escribir.

ESCENA PRIMERA.

IDELETA, DONATO.

DONATO. Así que ha vuelto, ha preguntado por vos, pero se le ha dicho que habiais salido en vuestra litera para ir á casa de Cigogne, cosa que ha parecido contrariarle.

IDELETA, (*sentada junto á la mesa.*) Y dónde está ahora?

DONATO. Allí, en su despacho, donde trabaja hace ya una hora sin que el menor ruido haya indicado su presencia, aunque bien pudiera ser que por su gabinete hubiera bajado al jardin saliéndose á la calle. No me atrevo á ir á verle.

IDELETA, (*levantándose.*) Ha habido conmocion en la ciudad, nó es cierto?

DONATO. Oh! nada, casi nada... cosas que no merecen la pena.

IDEEETA. Ha habido gritos, te digo, gritos de muerte.

DONATO. Oh! nada temais, señora; aguardamos armas que nos envia el bailío de Luzana y por otra parte el Dios que guia á mi señor..

IDELETA. Eh! Y á mí que se me importa de tu señor!

DONATO. Señora, por piedad...

IDELETA. Es que, ves tú, yo he salido, he querido verlo todo, oirlo todo, y Dios me salve! pero si esa multitud que se agrupaba en las calles, hubiera tenido armas, si en medio de sus semblantes enfurecidos y ante el filo de sus espadas hubiera visto moverse un jóven y este jóven hubieses sido tú, Donato, me hubiera arrojado de mi litera, hubiera corrido, te hubiera estrechado entre mis brazos y hubiera esclamado: salvad al hijo ó matad antes á la madre!

DONATO. Oh! callaos, callaos por piedad pudieran oiros.

IDELETA, (*sentándose en un sitial de la derecha.*) Ay de mí! Soy una criatura cobarde y egoista. Porque he permitido que subiera hasta mis labios ese secreto, ese secreto envuelto con el luto de mi corazon y oculto con el fúnebre velo de mi pasado! Porqué te he dicho lo que solo Dios y yo sabiamos? Tú habrias partido, te habrias alejado de esta casa funesta...

DONATO. Por Dios no hableis así, madre mia, no os entristezca la revelacion que me hicisteis el dia en que quise abandonar esta morada. Nada mas sabia entónces sino que unos viajeros por la fé que iban á Strasburgo, habian presentado al señor Calvino, le habian pedido hospitalidad por una noche y habian desaparecido á la mañana siguiente abandonando en los umbrales de su huesped un niño que el señor Calvino, cediendo á vuestros ruegos, recojió y educó... Este niño era yo. Qué mucho pues? ignoraba la verdad, oculta como estaba bajo tan sublime engaño, anhelaba de todo corazon el dia en que, fuerte por el trabajo, pudiera sacudir la carga de la limosna y...

IDELETA. Y quisiste partir, y quisiste ir á otro pais para ganar el pan que recibias ay con pesadumbre... Ingrato! No comprendiste mis lágrimas, no comprendias el sentimiento divino de mi amor... y fué preciso decírtelo todo, fué preciso decirte que eras el hijo de Villanueva, el mártir, y de qué manera, por tenerte junto á mí, para envolverte con ternura, para velar sobre tus dias, logré ganar á Calvino, á Calvino el escrutador de las conciencias, á Calvino, cuya mirada pen

lo mas profundo de los corazones.

Donato. Mas bajo... mas bajo, madre mia! olvideis que está allí... Oh! sí, por cierto, me quedé, porque cuando me dijisteis: *soy madre*! sentí que se transformaba mi ser. no mas orgullo, ya no mas altivez; me envé gustoso bajo la pesada mano de un dueñ inflexible; fuí humilde, sumiso, y yo que ditaba la fuga, ya no tuve mas que un de- el de conservar un sitio, por humillante que ra, en la morada de Calvino.. Se me llama servidor, su lacayo, su esclavo! Sí, quiero o, porque si es verdad que obedezco á este r absoluto, es para poder algunas veces, o sucede en este instante, cuando están cerradas las puertas, cuando nadie puede os, arrodillarme y deciros: Madre, madre , bendecidme.

Ideleta (*estrechándole en sus brazos.*). Do- , hijo mio!... pero silencio! he oido pa-

onato. Él es... Se abre la puerta... Aquí

ESCENA II.

CALVINO, DONATO. IDELETA *sentada.*

alvino aparece muy pálido y andando con ltad. Se adelanta sin ver á Ideleta hasta rse en el proscenio.)

Lvino. (*Hablando consigo mismo.*) La li- d! este es su grito. La libertad!... cosa truosa é impía. ¿Acaso el lobo que ahulla en nieblas, tiene el poder de rujir como un ¿Tiene libertad el gorrion para seguir al hasta el mismo seno de las nubes? La ad! palabra inicua é irrisoria... (*Se sienleja escapar un gemido de dolor.*) Oh! sufro mucho! (*A Donato.*) Lo ves, Do- cuanto mas pienso en ello, mas me con- de que ese instinto de libertad fué en- ado en el corazon del hombre por el nio. Y ¿qué es la libertad? La sublevacion oil contra el fuerte, la usurpacion que el maldito del dominio del justo. Ahora, ¿quién ha creado los justos y los fuertes, Dios? Claro está por consiguiente que sublevacion contra el órden establecido, es ublevacion centra Dios. Está decidido, daré á los libertinos. Donato?

Onato. Monseñor?

Calvino. Os suplico que me leais la última carta de Renée de Francia, nuestra muy amada duquesa de Ferrara. (*Reparando en Ideleta.*) ¿Sois vos, señora? Es muy estraño que siempre que teneis que salir, sea casualmente los dias que se me insulta públicamente y por las calles.

Ideleta. (*Con frialdad.*) Esto será tal vez porque se os insulta todos los dias.

Calvino. Razon teneis, señora, y mis enemigos responderán ante Dios del ódio que amasan en mi corazon.—Leed, Donato.

Donato. (*Leyendo.*) «Señor Calvino, no he «olvidado por cierto lo que me escribisteis de «que David aborreció mortalmente á los ene- «migos de Dios, y la prueba de que no pienso «contravenir á esto, es que si yo supiera que el «difunto rey mi padre, y la reina difunta, y «mi señor marido y todos mis hijos fueran re- «probados de Dios, les aborreceria mortalmente «y les desearia las penas del infierno.»

Calvino. Ya lo oís, Ideleta; los enemigos de Dios merecen ser aborrecidos, y es preciso detestar hasta su memoria.

Ideleta. Yo no sé tanto como la señora Renée de Francia, yo no soy mas que una pobre mujer, y por esto digo: Paz á los que descansan en la tumba.

Donato. Concluye la señora duquesa preguntándoos lo que debe contestar al señor duque de Guisa, su yerno, que acusa á la nueva doctrina de impeler al libertinaje los espíritus, y á la sublevacion los pueblos.

Calvino. (*Levantándose.*) El señor duque de Guisa miente. Donato, vos conoceis mis ideas acerca de este punto y podeis preparar la contestacion á la duquesa de Ferrara. Esto es muy grave. Yo no he venido á establecer la libertad, he venido por el contrario á establecer el órden por medio de la autoridad. Decidle que los reyes y los príncipes pueden sostener mi causa sin peligro, décídselo, importa que lo sepa. Bien pronto se verá como ahogo yo las sublevaciones. (*A si mismo.*) Ginebra es el pedestál sobre el cual quiero elevarme y mostrarme al mundo, y ya me guardaré yo que este pedestal no vacile demasiado bajo mis pies. (*Se acerca á Ideleta y la habla de manera que no pueda ser oido de Donato.*) Siempre vestida de luto? Diez y seis años hace ya, señora, que me haceis la injuria, estando yo vivo, de llorar á un muerto, y siendo mujer casada de llevar el traje de las viudas. ¿Cuándo terminará esto?

Ideleta. Soy vuestra mujer en virtud de las

leyes humanas y las leyes humanas son de este mundo que tiene por límite la tumba; pero entre Miguel y yo solo Dios fué testigo, solo Dios estuvo presente, y lo que ha unido el eterno no lo rompe la muerte.

CALVINO. (*Aparte.*) Ignora que aquel á quien llora, ha resucitado bajo el infame nombre de Servet... Servet! (*A Donato.*) Donato, tengo que dictaros una carta.

IDELETA. Me retiro pues.

CALVINO. Al contrario, señora, quedaos. Escribid, Donato. «Al señor Farel, cura de la «iglesia de Neuchatel: — Mi querido hermano «y amigo, me hariais un obsequio en averi- «guar si el llamado Servet, que desgraciada- «mente se ha fugado de las cárceles de Viena «donde estaba preso por sus blasfemias y he- «rejías, se ha refugiado en territorio de los «señores de Berne»... (*A Ideleta.*) Creo que habeis ido esta mañana á casa de Cigogne?

IDELETA. Sí, para buscar á Maria que ha venido conmigo y que está en mi aposento donde espera vuestro beneplácito para hablaros.

CALVINO. Dentro poco. (*Yendo á buscar un sitial colocado en el fondo.*)

DONATO, (*repitiendo.*) De los señores de Berne...

CALVINO. (*Sentándose no léjos de Ideleta.*) «Tengo en Ginebra buenos corredores de ca- «lle, hábiles espías que maravillosamente si- «guen la pista y dan con el lobo..» (*A Ideleta.*) Os suplico, señora, que de aquí en adelante no os arriesgueis á ir á casa de Cigogne, hombre honrado, lo sé, pero que recibe muchas personas, alguna de las cuales pudiera reconoceros. (*A Donato.*) «Si el tal Servet se atreve «á presentarse en nuestra ciudad, no tardará «en ser descubierto, y entonces, Dios haya «piedad de su alma! (*A Ideleta.*) ¿Habeis vos oido hablar de ese hereje?

IDELETA. Unicamente sé que ha escrito contra vos y que goza de gran celebridad.

CALVINO. (*A Donato.*) «Tuvo, no hace mu- «cho tiempo, la temeridad de escribirme di- «ciéndome que saldria de su calabozo y que al «hallarse libre vendria á Ginebra, si yo le da- «ba un salvo conducto, donde discutiria y ar- «güiria publicamente contra mí... Ya conoce- «reis que no contesté por no comprometer mi «palabra, pues (*con fuerza*) si viene á Gine- «bra este servidor del demonio, y si es aten- «dida mi autoridad, lo juro, no saldrá vivo de «ella.»

IDELETA. (*Levantándose.*) Siempre suplicio Andaos con cuidado; mirad que hay ya mu chas manchas de sangre en los anales de ciudad.

CALVINO. No soy yo quien hiere, es Dios: soy la espada, él es la mano. (*A Donato* Dadme y firmaré. (*Donato le presenta la ca ta por cuyo contenido arroja una mirada* Acordaos, Donato, que cuando yo dicto y car el acento sobre ciertas palabras, es preciso su rayarlas con tinta encarnada. Así llama mas atencion. Era preciso pasar una raya colora por debajo de estas palabras: *no saldrá v de ella.* (*Se levanta y se dirije hácia la m donde cierra la carta despues de haberla firma*

DONATO. (*Bajo á Ideleta.*) No he tenido lor.

IDELETA. Gracias, Donato. (*Tendiéndole mano.*)

CALVINO. (*A Donato ap.*) Véte á casa de gogne y entrégale esta carta. Tiene mensaje fieles. Que no se te olvide preguntarle si mañana que debe llegar el esquife que agu do y cual es la hora en que debo ir á su para presidir el desembarque. Anda, y trá la respuesta. (*Donato se aleja.*) Por lo qu vos toca, señora, entrad y decidle á nue ahijada que puede ya venir. He traba bastante. (*Ideleta sale lentamente por la pu de la derecha.*)

ESCENA III.

CALVINO *solo.* (*Sigue con la vista á Idelet*

Corazon indomable! alma rebelde que he to, pero que no he podido someter! He ser no sé qué frio placer en dictar esa carta e presencia: (*Con un repentino arranque.*) en fin, ¿porqué me aborrece esta mujer? de una secta maldita, unida por lazos imp á un anabaptista, su vida estaba amenazad la tierra, condenada en el cielo; quise sa su vida y su alma y me casé con ella. misericordia! el hombre que ella cree mu ha sobrevivido en su alma y siempre, s pre entre ella y yo viene á colocarse guel.. oh! Miguel!—Es cierto, sí, un po ha dicho: Dios hiere con la locura al que re perder. A ese hombre yo le salvé tam Gracias á mí renació para una nueva vida diendo refugiarse, tranquilo, exento de te en la oscuridad de un nombre desconocid

en lo sabeis, Dios mio! el olvido es la felilad. Pero nó, ha sido preciso que el cielo pirára al corazon de Servet un ódio insen-o contra mí... contra mí! Sea pues; cúm-se su destino; yo no buscaba la guerra, él quien la ha promovido: está bien, guerra, atalidad para el vencido!—Loco de mí en retenerme con dorados sueños, cuando des-ciadamente se ha escapado de Viena y he rdido sus huellas. (*Se sienta.*)

ESCENA IV.

CALVINO, MARIA.

Maria. (*Con muchas cortesías.*) Buenos dias, lrino mio.

Calvino. Ah! eres tú, loquilla.

Maria. (*Con nueva reverencia.*) Yo misma, lrino mio.

Calvino. Tiempo hacia ya que no te habia o, Maria. ¿Acostumbras ir á las oraciones se rezan por la tarde en la iglesia de Lon-nalle?

Maria. (*Tomando un taburete y sentándose o á Calvino.*) Todos los dias á las cuatro, padrino mio; y tambien estudio y medito ho mi catecismo, ese hermoso catecismo vos habeis escrito. Esta misma mañana, por o, he estudiado el capítulo del *perdon de njurias.* ¡Oh! que hermosas cosas decis en -«Tended la mano á vuestros enemigos y ue os injurie, decidle: hermano mio, os ono.»

Calvino (*bruscamente.*) Maria!

Maria (*levantándose.*) Padrino mio!

Calvino. Me parece que vuestro vestido es lujoso. No hay ninguna sencillez en esas .

Maria. Seda decis? Ya, ya! si es de lo mas ario, mirad. Y luego, si supieseis lo que abaja en el dia. No hay telas ordinarias. vestido es el mas feo que he encontrado.

Calvino. Calla: el mas feo! Bueno es sa-.

Maria. Oh! padrino mio, no vayais á hacer un edicto contra los tenderos, pobres ros!—Vos no lo sabeis, padrino mio, me ordado de vos, porque yo pienso siempre s cuando no os veo, y os he bordado alona. ¿Me permitireis que os la ofrezca? *la valona de su bolsillo y se la presenta.*)

Calvino. Hum!... seguramente que es hermosa, pero estas son obras de frivolidad en las cuales me pareces muy hábil.

Maria (*con seriedad.*) Padrino mio, me ocupo solo de estas obras en los momentos en que recito mis salmos de memoria. Esto me impide distraerme... Segura estoy que debe sentar bien á vuestra fisonomía... os lo suplíco, dejad que os la pruebe.

Calvino. ¿Qué estás diciendo, loquilla?

Maria. Qué estoy diciendo! (*Probándosela.*) Levantad la barba, volved la cara... un poco.. así! ah! que bien os sienta! que buen efecto hace ahora! Apuesto á que no la lleva tan hermosa el señor síndico primero. (*Aparte.*) Toma! se la ha dejado poner... si me atreviera!... (*Alto como haciendo esfuerzos para hablar.*) Padrino mio, queria... verdad es que será lo que vos querais... pero en fin, ya comprendereis, ese pobre tio... estaria tan contento, nó es verdad?

Calvino. Pero, ¿qué baturrillo es este? Veamos, esplícate!

Maria. ¿Qué me esplique?... es que... Pues bien, tanto peor, voy á decíroslo todo. Es el caso que pasado mañana son los dias de mi tio y quisiera invitar á todas mis amigas del barrio,—y yo tengo muchas amigas,—para que... para que bailáramos un poco,..

Calvino. Qué oigo!

Maria. Oh! nada mas que un poco... sin música y entre nosotras... sin ni siquiera caballeros.

Calvino. ¿Habeis perdido la cabeza?

Maria. Sí, sí, ya lo sé, los edictos! pero no paseis cuidado, habrémos terminado antes de la queda.

Calvino. Maria!

Maria. Os amaré tanto, padrinito mio! No danzarémos mas que bailes serios, minuetes con figuras decentes, se supone. Oh! si os pidiera para bailar la danza de los seis rostros, no digo que nó, como que al final se abrazan.

Calvino. (*Mal humorado.*) Callaos.

Maria. Padrino mio!

Calvino. He dicho que os calleis.

Maria (*asustada.*) Ya me callo... no digo nada...

Calvino. Retiraos.

Maria. (*Aparte.*) Huy! qué feo es! (*Da algunos pasos para retirarse, en seguida se detiene y parece reflexionar.*)

Calvino. Os he dicho que os retirárais.

Maria. Ya voy, padrino, ya voy. (*A si mis-*

ma.) Oh! si tuviera alguna buena historia qué contarle!

CALVINO. Todavia aquí! será preciso que me levante?

MARIA. Oh! ahora que me acuerdo... hace un momento, al salir de la hostería... he oido.. sí, sí. (*Acercándose á Calvino.*) Ya me voy, padrino, ya me voy... Muy buenas cosas tenia que deciros hoy, pero sois demasiado malo y esto me da miedo para hablaros. (*Se aleja.*)

CALVINO. A ver! qué hay? qué es lo que sabes?

MARIA. Quién? yo? Nada... nada.... ya me voy.

CALVINO. Aguarda... Nó has dicho que sabias algo?

MARIA. Lo habré dicho, no digo que no, pero como vos ordenais que me vaya... (*Da algunos pasos mas.*)

CALVINO. Maria!

MARIA. (*Riendo.*) Oh! y estoy cierta de ello! cosa es que os hubiera hecho reir mucho.

CALVINO. Eso si que lo dudo.

MARIA. (*Volviéndose.*) Como qué?

CALVINO. Digo que lo dudo. Hoy no estoy dispuesto á reirme.

MARIA. Calla! me desafiais?

CALVINO. Sí por cierto, y apuesto...

MARIA. (*Acercándose precipitadamente.*) Una apuesta? sí, sí, bueno! si reis, habreis perdido... y me permitiréis bailar?

CALVINO. Oh! seria preciso que la historia fuera muy alegre.

MARIA. He ganado. Prestadme atencion. (*Se apoya sobre el respaldo del sillon de Calvino.*) Venia yo acompañando á mi madrina, cuando, al volver la calle, he recordado que habia olvidado la valona que pensaba ofreceros.

CALVINO. Aturdida!

MARIA. Me he vuelto corriendo á casa para recojerla, cuando al atravesar el patio, ya sabeis, el patio en que hay un grupo de árboles...

CALVINO. Bien; y qué?

MARIÁ. Como decia, cuando atravesaba por detrás de esos árboles he oido dos hombres que hablaban en voz baja. Aun mas, pronunciaban vuestro nombre en aquel instante.

CALVINO. Mi nombre?

MARIA. El uno decia: Él no me conoce, jamás me ha visto, y por otra parte guardaré mis hábitos de hermano suizo... ya ves que con este disfraz... Pero el otro decia: Créeme, no vayas. Para que has de ir... y replicaba uno y contestaba el otro. Sin embargo, el ot el primero se obstinaba y juraba que no driais reconocerle. — Yo lo creo, como nunca le habeis visto.

CALVINO. Y se llamaban entre sí por su no bre?

MARIA. Toma! ya se ve que sí. Al uno le nozco perfectamente, es el señor Pecolat.

CALVINO. Y es este el que queria veni verme disfrazado?

MARÍA. No por cierto, el otro... Aguar como le llamaba al otro el señor Pecolat? mio! y el caso es que lo sé .. Mi buen... buen... Miguel.

CALVINO. (*Levantándose.*) Miguel!

MARIA. Oh! pero todavia le llamaba de manera... Si me acordaré? Ser... Ser... Mi buen Servet.

CALVINO. (*formidable.*) Servet! Ha d Servet?

MARIA. (*Asustada.*) Ay, Dios mio! padr no griteis así.

CALVINO. (*Sacudiéndola el brazo.*) Le ll ba Servet... Y dices que Servet quiere á verme disfrazado... con los hábitos de.. habla pues! con que hábitos vendrá?

MARIA. (*Temblando.*) Con los de... de mano suizo.

CALVINO. Y qué mas?... qué mas?

MARIA. (*Llorosa.*) Nada mas. Qué es lo quereis que sepa mas? Mi madrina me es ba y he vuelto á reunirme con ella. Ent me he dicho: Un hermano suizo, que no hermano suizo, y que se creerá que no lo nocen, irá á ver al señor Calvino, quier drá divertirse á sus anchas... y he creido creido que esto os haria reir.

CALVINO. (*riendo.*) Y me ha hecho re efecto... no ves como rio? — Voy á salir.

MARIA. (*Aparte*) Estoy temblando. Dios qué es lo que he hecho?

CALVINO. Has dicho algo de esto á mi jer?

MARIA. A mi madrina no la gustan las torias.

CALVINO. (*Abriendo la puerta del* Pedro! Hola! Pedro! (*Aparece un cri* Mi capa! Salgo por la puerta del jardin. rante mi ausencia dejareis entrar á to mundo, pero salir á nadie. (*A Maria* una palabra de esto á vuestra madrina. dad silencio, pues de lo contrario no bai

Sale por la puerta de su gabinete. Pedro sale r el fondo.)

ESCENA V.

MARIA, *en seguida* SERVET.

MARIA. De lo contrario, no bailareis!... Sí, as tengo yo ahora de bailar. Ha reido, en dad, pero mas hubiera preferido que se innodára. No me hubiera dado tanto miedo. una palabra de esto á vuestra madrina! Que pues lo que será? Oh! á buen seguro que aquí en adelante no hablaré una sola para, pues me temo ya haber hablado demalo. Nó, lo prometo, no le contaré ya mas torias.

SERVET. (*Apareciendo.*) Hermosa jóven...

MARIA. Ah! (*Aparte.*) Cielos! él es!

SERVET. Dispensadme, pero á nadie he entrado en esta casa á quien pudiera dirijirme.

MARIA. Pedro estará sin duda en el jardin.

SERVET. Y quién es Pedro?

MARIA. El criado de la casa.

SERVET. Y el señor Calvino donde está?

MARIA. Acaba de salir.

SERVET. Ah! Ha salido. Estais segura?

MARÍA. Ya se ve que estoy segura (*Aparte.*) me queda ni una gota de sangre en las as.

SERVET. Decidme, seria entónces fácil hala á la señora Ideleta?

MARIA. Iré á prevenirla... Ah! á propósito.. í la teneis.

ESCENA VI.

SERVET, MARIA, IDELETA.

IDELETA. Quién es este hombre?

MARIA. Un mendigo... quiero decir, un her- suizo que desea hablaros.

IDELETA. Déjanos, pues, hija mia.

(*Maria sale por el fondo.*)

ESCENA VII.

IDELETA, SERVET.

IDELETA. Hablad, hermano.

SERVET. (*Echándose atrás su capucha.*) Es- de Villanueva, me conoces?

IDELETA. (*Lanzando un grito supremo.*) Ah!

SERVET. Ideleta!

IDELETA. Miguel!

SERVET. Yo soy.

IDELETA. Tú!... tú, Miguel!... Oh! Dios mio!... Pero nó, nó, es imposible.... vision, espectro! Ah!... Miguel! (*Se arroja en sus brazos.*)

SERVET. Oh, Dios mio!

IDELETA. (*Arrancándose de sus brazos.*) Aguarda. (*Corre á la puerta del gabinete de Calvino, la abre y mira.*) No está!... Dios sea loado! no está! (*Volviendo á Servet.*) Miguel!

SERVET. Nada temas, Calvino jamás me ha visto y por lo tanto solo seré para él un mendigo, un hermano, un viajero por la fé. Nada temas te repito, y háblame sin miedo. Calvino estaba en Strasburgo, nó es verdad? Te hizo creer en mi muerte, te persiguió, te amenazó, nó es eso? Y tú sola, sin apoyo, sin un brazo para defenderte, sin un corazon para amarte.... Oh! te perdono, te perdono! Oyes bien, alma mia, te perdono!

IDELETA. (*Como no habiendo aun vuelto en sí.*) Oh! habla, que te oiga.... Acércate.... aquí... mas cerca de mí.

SERVET. Dí, nó es cierto, nó es asi como ha pasado?

IDELETA. En efecto, vino á mí, me dijo que al dia siguiente seria entregada á los jueces que enviaban al cadalso á los discípulos de Munzer. Le dije entonces: Matadme si quereis, pero yo no puedo ser vuestra muger, porque el conde de Villanueva es mi esposo. Entonces me abrumó á injurias, no sé lo que me dijo: que yo no era tu muger, que éramos unos malditos, que ultrajábamos el cielo, (*Con acento mas lúcido.*) y, de pronto, me dijo que tú habias muerto, me mostró cartas, papeles.... que sé yo!—Muerto, muerto en un suplicio... en una hoguera... en Basilea! Muerto!... y yo era madre, entiendes esto, Miguel.... yo era madre y mi hijo no tenia mas apoyo que el mio! Entonces quise vivir, vivir á toda costa, á cualquier precio, al precio de mi corazon desgarrado, al precio de mi creencia abjurada.... Mé casé con él...,' solo que no le dije que tenia un hijo, porque... porque me lo hubiera robado!

SERVET. (*Dándole una carta.*) Abre esta carta y léela.

IDELETA. (*Leyendo.*) «Acaba de ser quema- «do públicamente en Basilea un anabaptista «bajo el nombre de Miguel, conde de Villa-

«nueva. Se os advierte que morireis á la pri-«mera palabra que se desprenda de vuestros «lábios para revelar este misterio.» Cielos! entonces mintió Calvino.

SERVET. De quién es esa letra? la conoces?

IDELETA. Sí, la conozco; es letra de Calvino.

SERVET. Calvino! Bien, no me engañaban mis presentimientos. Ah! es su letra! Desde esta mañana lo sospecho. Sí, sí, esto es, le estorbaba y me borró de la lista de los vivientes. (*A Ideleta que parece sumergida en un sombrío estupor.*) Óyeme, Ideleta. Los juramentos trocados con nosotros á la faz del cielo, de vivir el uno para el otro, como dos esposos fieles, han permanecido vivos é inviolables en tu alma?

IDELETA. Nos arrodillamos un dia ante el cielo libre, y alli, en presencia de nuestro Dios, me dijiste: — os tomaré por mujer. —y yo te respondí :—Y yo os acepto por mi señor y esposo.

SERVET. Ha llegado despues una ocasion en que un hombre se te ha presentado y te ha dicho.—El que amabais ha muerto,—y al decir esto, mentia voluntaria y cobardemente· Ideleta, eres la mujer de este hombre?

IDELETA. Miguel, clava tu vista en mi y míra mis vestidos de luto. Demasiado te dirán ellos que no creyéndote ya de este mundo, me habia desposado con la tristeza y la muerte. Mi corazon te habia seguido á la tumba y los lazos que no ha podido romper la muerte, no los cortará la vida.

SERVET Bien está. Una sola palabra ahora Tú lo has dicho, nó es verdad? Eras madre y quisiste vivir para tu hijo. Oh! si existe, si pudiera verlo!

IDELETA. Existe.

SERVET. Será verdad!

IDELETA. Es verdad. Está aqui: ha crecido ante mis ojos y para ello he logrado engañar á Calvino que cree, teniéndole junto á sí, educar á un niño abandonado por una familia suiza.

SERVET. (*Con arrebato.*) Él! nuestro hijo en casa de Calvino!

IDELETA. Silencio! Te lo contaré todo mas tarde, fuera de esta casa.

SERVET. Atiende. Aqui tienes una llave por medio de la cual se abre una puerta que da al parque del antiguo palacio de los duques. Al fin de este parque hay otra puerta baja claveteada de bronce, que abre esta misma llave y que conduce á los ricos y suntuos aposentos de un hombre cuya vida, cuya sa gre, cuya alma y brazo me son adictos. uno de los primeros de la ciudad, es Pecol

IDELETA. Pecolat, el enemigo de Calvin

SERVET. Sí, Pecolat. El dia en que el toq de rebato estremecerá á Ginebra, el dia que de las calles, de las plazas, de todas pa tes salgan millares de voces gritando: Mu Calvino!—aquel dia escápate con tu hijo, p netra en casa de mi hermano y dile:—S Ideleta de Bures, condesa de Villanueva.

IDELETA. Oh! lo haré así.

SERVET. Y ahora, adios, Ideleta!

IDELETA. Hasta muy pronto, Miguel!

(*Se dirijen al fondo. Ábrese de pronto puerta y aparece Calvino.*)

ESCENA VIII.

IDELETA, CALVINO, SERVET.

(*Calvino baja la escena fijos sus ojos en Ser*

CALVINO. Sea bien llegado á esta casa el jero por la santa doctrina. ¿Venis de mu jos, hermano?

IDELETA, Señor, es un pobre hombre ha entrevisto la luz y que visita las iglesias formadas para gozar en el espectáculo d fé. Le he dado con que continuar su cami puede ya retirarse. Id, hermano; rogaré vos al señor.

CALVINO. Aguardad. Tengo vivos desec conocer los triunfos alcanzados por la i de la verdad y supongo que vos traeis b nuevas.

SERVET. (*Inclinándose.*) Señor,..

CALVINO. Hermano, tengo lastimado e razon, porque aqui los espíritus vacilan están nutridos por la fé. Ay de mí! Dio ha elegido, pero soy débil y sostienen m hombros tan pesada carga. Añadid á esto tengo en el mundo á un enemigo que m sa no pocas penas... Es un hombre bien me ese Servet!

SERVET. (*Con un ligero tinte de ironía.* vet! No dicen que se ha fugado de las les de Viena?

CALVINO. (*Con sencillez*) Sí, desgraciad te es verdad y nadie sabe su paradero.

IDELETA. Señor... estoy algo mala. D sadme el obsequio de despedir á ese est ro, un pobre hombre, como veis, muy

illo, y que segura estoy que no conoce á ese ervet ni mas ni menos que yo.

CALVINO. Es que vos le conoceis, señora.

IDELETA. Yo? á Servet?

CALVINO. Sí, Servet, el hombre mismo á quien creíamos muerto...

IDELETA. (*Ap.*) Que está diciendo!

SERVET. (*Ap.*) Cielos! mientras no se vena á sí misma!

CALVINO. (*Apoyando sobre cada palabra.*) Y ue antes se llamaba Miguel, conde de Villaueva.

IDELETA. Miguel!

(*Va para precipitarse hácia Servet, pero la tiene friamente Calvino.*)

CALVINO. Permitidme, pues, señora, que le dia ese piadoso viajero, hasta qué estremo iguel de Villanueva, ó por mejor decir, Sert, pues que tal es el nombre que ha toma, permitidme que le diga, repito, hasta que nto merece la cólera de Dios y de los homes.

IDELETA. Miguel no puede oiros... Miguel puede contestaros... Miguel no os contesta, nó... no os contestará.

SERVET. (*procurando contenerse.*) Miguel... Servet no está aquí para defenderse, sin emrgo de que — si no estoy mal informado — eció contestaros en un combate público, si ra ello le dabais un salvoconducto de vuestra no.

CALVINO. Un salvoconducto! Y por qué un voconducto? Acaso no está fuerte de la ndad de su causa? Teme sucumbir? Y qué, to arrojo á la otra parte de los montes y poco valor cuando se trata de atravesarlos? Un salvo conducto! Si se lo daba, creeria cerle una afrenta. No admito, no puedo adtir que Servet, el hombre que me desafia léjos, pueda palidecer al mirarme cara á ca-

(*Da un paso hácia Miguel.*)

DETETA. (*Ap.*) Oh! Dios mio!

CALVINO (*Con insultante sonrisa.*) Un salvoducto! Hé ahí lo que son esos fanfarrones, vociferadores! Ni siquiera tienen el valor su propia corrupcion! Gritan, pugnan, ran cuando no están al alcance de su enemi, pero para mirarle cara á cara, para hale frente... oh! entonces, ya varia de asto, ya es otra cosa! Necesitan salvocontos, les hacen falta toda especie de armas y de escudos, jamás se encuentran suentemente armados ó equipados. Hasta creo que, si se atrevieran, esos arrogantes perdonavidas vendrían precedidos de un regimiento de Lasquenetes para combatir á quién? á un hombre!

(*Da un segundo paso.*)

SERVET. Oh! basta, basta!

IDELETA. (*Ap.*) Apiadaos de nosotros, Dios mio!

CALVINO. Hé ahí por que os digo yo, Calvino, que Servet no es solamente un impío, un libertino, un desleal, sino que es tambien un cobarde.

SERVET. Calvino!

CALVINO. (*Provocando.*) Sí, sí, un cobarde, un cobarde!

SERVET (*descubriéndose.*) Calvino! Servet no es un cobarde, Servet se halla ante tí y te desafia.

CALVINO. Por fin! — No me ha costado poco trabajo arrancarle su nombre.

SERVET. Si, soy Servet, ya sabeis mi nombre, y ahora, créeme, haz que no te encuentre en mi camino.

CALVINO. Tu camino, Miguel! tu camino! mírale! te conduce al suplicio.

(*Abrèse la puerta del fondo y se vé al síndico del consejo vestido de negro y varios soldados alineados en la antesala.*)

IDELETA. Fatalidad!

SERVET Miserable!

CALVINO. Me has propuesto un duelo! Sea, lo acepto, pero un duelo á muerte! (*Al síndico.*) Señor síndico, tomad acto de la declaracion de este hombre y cumplid con vuestro deber.

SINDICO. (*Adelantándose.*) Miguel Servet, como tú mismo acabas de nombrarte, te arresto en nombre de la república.

SERVET. No soy ciudadano de Ginebra é invoco aquí el derecho protector de las naciones.

CALVINO. Los impíos no tienen nacion, y yo acuso á Miguel Servet de haber insultado á Dios en sus escritos, de ser un atéo y un blasfemo. Yo, Juan Calvino, pastor de esta ciudad, me ofrezco como fiador de lo que he dicho, y si la cabeza que designo no es una cabeza culpable, ofrezco la mia al verdugo!

IDELETA. (*Irguiéndose aterrada.*) El verdugo!

SERVET. Perdido!

(*El síndico hace una seña. Se apoderan de Servet.*)

CUADRO CUARTO.

La cartera.

Despacho de Calvino. Al fondo una ancha ventana por la cual se descubre un parte de la ciudad. Á la izquierda y en primer término un reclinatorio sobre cual están colocados los Evangelios; en segundo término la puerta del jardin de q se ha hecho mencion. Á la derecha la puerta que conduce á los aposentos de Calvin Hay mamparas en ambas puertas. En medio de la escena una mesa de escribir ca gada de libros y papeles: se ve tambien un reloj de arena y una esfera celeste. lado una inmensa silla de brazos y grande espaldar. Varios infolios están esparcid por el suelo y las sillas. En el fondo dos cuerpos de biblioteca.

ESCENA PRIMERA.

CALVINO. EL SÍNDICO.

(*Calvino sentado junto á la mesa rejistra papeles. El síndico tiene tras de sí á sus dos ujieres con traje mitad encarnado mitad amarillo. El síndico está vestido de negro: en el hombro izquierdo tiene bordadas sobre su holgado y negro ropaje las armas de la república.*)

Calvino. Por fin los tengo esos papeles y esa cartera hallados sobre la persona del impío! Señor síndico, felicitareis de mi parte á los señores consejeros del celo que muestran en este negocio, y manifestadles os ruego, toda la estension de mi agradecimiento por este hermoso regalo de autógrafos. Lo veo ya, desde que comienza la batalla, Dios proteje á sus fieles.

Síndico. Tengo que deciros, señor Calvino, que el consejo ha creido de su deber haceros dar una prueba de gratitud por los servicios que no cesais de hacer á la santa causa del cielo.

Calvino. (*Sin levantar los ojos de encima los papeles y continuando escribiendo.*) Hablad, ya os escucho.

Síndico. (*Desarrollando un pergamino.*) Resultado de la deliberacion del consejo: Ordenan los señores síndicos que sin pérdida de tiempo se ofrecerá á nuestro muy amado Juan Calvino, gefe del consistorio de esta ciudad. un tonel de vino de Malvasia y una suma de treinta escudos.

Calvino. Aun mas! He manifestado ya que no me agradaban esas munificencias. Dónde iríamos á parar? Tengo mil libras por a que se apartan del tesoro público, y tengo mas esta casa que los magníficos señores r han hechó amueblar con un lujo verdader mente asombroso. Ya es lo bastante, pues.

Síndico. Señor.

Calvino. Que no se me hable mas de el El hospital carece de dinero, los señores p tores del consistorio no reciben mas que tre ta escudos por año, cosa ridícula, y las ca del Estado no se abren mas que para mí. I cid al consejo que no quiero cortesanos, s servidores porque yo mismo soy el servidor Dios. Podeis retiraros. (*Llamando.*) Ped (*Aparece el criado.*) Acompañad al señor s dico y volved en seguida. Tengo que daros rias órdenes.

ESCENA II.

CALVINO, *en seguida* PEDRO.

Calvino. (*Registrando la cartera de Ser* Una carta.... dos cartas de su letra firm con su nombre de libelista! á mas, dos p nas enteras llenas de inestimables borrado Oh! todo esto es de su mano, de su m qne haré cortar.—Ahora conozco que h peligro en constituirse acusador de este m rable antes de tan precioso encuentro. Por en fin, podia fácilmente negar sus libe puesto que eran anónimos. Pero he ahí el timo capítulo de uno de ellos escrito por infame mano. A la verdad, está ahora completamente perdido que casi siento e

tualidad hacerle el honor de acusarle yo ismo. Me parece que Donato tarda mucho en lver.... Sois vos, Pedro?

PEDRO. Sí, monseñor.

CALVINO. ¿Qué hace la señora Ideleta?

PEDRO. Se ha retirado á su aposento donde ha encerrado.

CALVINO. ¿Ha dicho algo antes de retirarse? Ha pronunciado en presencia vuestra alguna labra?

PEDRO. Nó, monseñor. Solo manifiesta vivos seos de hablar al señor Donato y me ha engado que la avise cuando haya llegado.

CALVINO. (*A si mismo.*) Qué querrá decirle? cerle tomar parte en alguna traicion sin du- (*Llaman á la puerta del jardin.*) Si fue- él! Pedro, aguarda en la antesala pronto á cutar mis órdenes. No permitais la entrada adie, ni siquiera á la señora Ideleta. Quie- estar solo. Cuando oigas mi timbre, me erás luz.

Pedro se retira.—Calvino abre la puerta á cual han llamado.—Donato entra.)

ESCENA III.

DONATO, CALVINO.

ALVINO. Ah! eres tú. Tendrás conocimiento le la gran noticia?

ONATO. Si señor.... Y qué ¿será verdad? et ha sido preso aquí, en esta casa?

ALVINO. Se habla ya de ello por la ciudad?

ONATO. La hostería de Cigogne se ha lle- en un momento de todos los amigos de lat, como que yo no he tenido tiempo que para escaparme por la puertecita del

LVINO. ¿Has visto á Cigogne? Te has in- ado de la embarcacion?

NATO. La embarcacion llegará mañana, hora antes de salir el sol. Pero, decidme, ierto, como se asegura, que vos mismo s el acusador de Servet y que, obede- lo á las leyes criminales, vais á constitui- risionero en la torre de L'ile?

LVINO. Ah! ah! se asegura ya esto por la d?

NATO. Dícese tambien que el plan de los inos es el de emplear hasta la violencia obtener la libertad de Servet y colocarle guida á la cabeza del partido...

VINO. Servet á la cabeza de los liberti-

DONATO. Añaden que Pecolat debió en otro tiempo su vida á Miguel Servet.... Le llama su hermano y ha jurado morir antes que abandonarle.

CALVINO. Pecolat! (*A sí mismo.*) ¿Y si en tanto que yo me ocupo de hacer quemar á Servet, Pecolat y los suyos se entretuvieran en quemar la ciudad? Motines, sublevaciones, y yo no estaria allí! No es en presencia de Servet donde está el peligro, es en presencia de los libertinos.... Permanezcamos libre.

(*Se asegura de que estan bien cerradas todas las puertas y se dirije á Donato.*)

Óyeme, Donato. Ya sabes que Ideleta y yo siempre te hemos querido y cuidado lo mejor que hemos podido. Desde el dia en que, desnudo y moribundo, te encontramos en el umbral de nuestra morada teniendo apenas dos años, nada te ha faltado, ni las caricias de una madre, porque verdaderamente mi mujer es una madre para tí, ni mis lecciones, ni mis ejemplos, tanto que has fortificado tu cuerpo al par de tu espíritu.

DONATO. Señor....

CALVINO. Déjame hablar. A menudo he sido áspero y frio para contigo, pero es que he seguido en ello mi sistema.... quédese para las mujeres el sonreir á los niños, este es su deber, pero para nosotros, los hombres, resérvese la obligacion de conducirles por la senda de la virtud. Seguro estoy, pues, Donato, que obrando de esta suerte he hecho de tí un hombre segun mi corazon y de alma fuerte; te he enseñado la dogmática y las bellas letras y, hoy puedo decírtelo,—y por cierto que sabes lo avaro que soy de elogios—eres un lógico sólido y puedes desafiar en dialéctica á los argumentistas mas prontos en respuestas.

DONATO. Oh, señor! este lenguage.... Qué, seria verdad? No soy para vos un objeto de indiferencia?

CALVINO. Que estás diciendo! Te tengo por un discípulo que me hace honor y quiero al instante mismo darte una prueba. Estás ya en edad de mostrar lo que tú puedes y probar á todo el mundo que yo que siembro buen grano, no he pasado el arado por un terreno estéril.

DONATO. Señor, os soy adicto.... vuestras son mi vida y mi alma.

CALVINO. Tu vida, la acepto, pero tu alma es de Dios.

DONATO. (*Aparte.*) De Dios y de mi madre.

Calvino. Escucha atentamente lo que voy á decirte y piensa antes de responder que tus palabras serén pesadas por el Todopoderoso. Si yo te dijera: Donato, preséntate ante el tribunal de los hombres á acusar á Miguel Servet como hereje y ateo;—para honra de la fé, para gloria eterna de Dios, prueba al mundo que Servet, en sus escritos, en sus discursos, en sus cartas, en sus actos, no ha dejado nunca de cometer el infame atentado de Lesa Magestad suprema, y que es preciso que este hombre muera;—si yo te dijera esto, dí, que es lo que tú harias?

Donato. (*Despues de haber meditado un instante.*) Iria y acusaria á ese hombre.

(*Una pausa.*)

Calvino. Estás bien enterado de las leyes de la república?

Donato. Sí por cierto.

Calvino. ¿Sabes que el acusador en una causa criminal incurre en la pena del talion si ha mentido y calumniado?

Donato. Lo sé.

Calvino. El acusador, dice la ley, responderá, cabeza por cabeza, del acusado. Uno de ambos debe morir.

Donato. En efecto.

Calvino. ¿Y consientes tú en ir á jugar tu vida con la de ese hombre?

Donato. Consiento.

Calvino. ¿Te constituirás prisionero?

Donato. Si señor.

Calvino. (*Aparte levantándose.*) Le habia juzgado bien; es un noble corazon. (*A Donato.*) Estás pronto á jurar lo que acabas de prometer?

(*Donato se acerca al reclinatorio encima del cual está el libro de los Evangelios y lo abre.*)

Donato. Puesta la mano sobre los Evangelios, juro portarme como leal campeon del Señor, y no abandonar el combate hasta salir vencedor ó cadáver. (*Arrodillándose delante de Calvino.*) Vuestra bendicion ahora.

Calvino. Donato, tienes un alma hermosa y eres un noble corazon.... ven á mis brazos. (*Le abraza.*) Ahora, hijo mio, parte y preséntate al capitan general quien, hecha tu declaracion, te enviará en seguida á la cárcel de Lile.

Donato. Cómo! Tan pronto! sin ver á la señora Ideleta! (*Aparte.*) sin ver á mi madre! mi madre! para quien obedezco solo.

Calvino. (*Acercándose á la mesa.*) Conozco las mujeres; la mia tiene un gran coraz pero lanzaria gritos capaces de hacer vacila un alma mas intrépida que la tuya. No pa cuidado, yo le esplicaré tu ausencia, dicié dole que te he enviado fuera de Ginebra un mensaje.

Donato. Señor!

Calvino. Ya te lo he dicho. Irás en segu á casa del capitan general á quien presenta esta carta. Mañana por la mañana haré qu entreguen unos preciosos papeles encontra á Servet y á los cuales es preciso que añ yo algunas notas. Trabajaré esta noche. Ad y no pienses mas que en tu deber. (*Le en ga la carta.*)

Donato Vos lo quereis. .

Calvino. (*Acompañándole.*) Dios lo ma (*Abre la puerta del jardin y sale por ella nato.*)

ESCENA IV.

Calvino *solo.*

(*Es ya noche cerrada. La luna atravies cristales de la ventana y baña con un pálido te el fondo de la decoracion.*)

Buena idea ha sido!.. tenia necesidad d tar libre y nadie sabrá una palabra. Cre que estoy bajo cerrojos, y en tanto que levantarán la cabeza, yo, oculto aquí, e centro, fija mi mirada sobre la ciudad, ag daré la hora propicia para arrojarme sob motin y ahogarlo al primer golpe. (*Se dir la ventana y la abre de par en par.*) Con sois vosotros, señores ciudadanos de Gin los que pensais añadir á vuestro ódio el de guel, los que quereis unir vuestras espada su puñal!... Oh! bien está! Yo os pro quemar á vuestro falso profeta y sembra cenizas sobre vuestras encorvadas frentes *separa de la ventana.*) Qué triunfo, cu en Alemania, en Basilea, en Paris, se di ¿Nó sabeis? ese Servet, ese implacable en go de Calvino, ese arrogante combatiente, ya audacia igualaba su insolencia, pues Juan de Noyon ni siquiera se ha toma molestia de combatirlo, se lo ha dado po guete á uno de sus discípulos, á un o estudiante, un niño, y el niño ha venci coloso. David ha pisoteado á Goliat.—P no es solamente tu cuerpo, Miguel, el q quiero enviar al suplicio, es tu orgullo e

ero decapitar. (*Una pausa: cada vez va ndo mayor la oscuridad de la escena.*) Poco oco, corazon mio! No mezcles tus resen- ientos á los resentimientos del Eterno. Es hombre á quien yo he salvado la vida y e ha consagrado esta misma vida á perjudi- me. Olvidemos, pues, á este hombre. Apóstol Dios, solamente al enemigo de Dios es á en yo debo juzgar. Servet merece la muer- porque es un corazon endurecido.. Sin du- , pero ¿y si ese corazon se conmoviera, si el io se arrepintiera? Un alma rescatada le ce mas al Señor que la sangre de un millar infieles... y entonces... y entonces, la ca- d exijiria que le perdonásemos... (*Entrea- sus labios una furtiva sonrisa.*) Sí, pero, y tranquilo, no se arrepentirá! (*Golpea su bre y aparece el criado con una lámpara deposita encima la mesa.*) Siento frio... rad la ventana, Pedro. ¿Ha preguntado otra mi mujer por Donato?

EDRO (*ayudando á su amo á colocarse un an de pieles.*) A vos es á quien quiere ver ra.

ALVINO. Que no entre. Tened cuidado, Pe- ; quiero estar solo! — Retiraos.

EDRO. (*Ap. yendose.*) Llora tanto que cau- istima verdaderamente. Bah! si se presen- ra entrar, haré como que duermo. (*Vase.*)

ESCENA V.

CALVINO, IDELETA *en seguida.*

ALVINO (*sentado y trabajando.*) Es estra- l modo como me ha helado el aire de la e. Oh! este dia habrá roto mis fuerzas mucho tiempo. (*Tose*). Pobre cuerpo en- ido antes de tiempo, héte ahí como una antelada ciudadela abierta á todas las in- eries del cielo, espuesta á todos los insul- le los hombres. Tranquilízate, sin embar- todavia tienes buena guarnicion trás de tus baluartes: el alma que vela para tu guarda el fuerte como el destino. (*Continúa escribiendo.*) A la verdad, creo que me vence la fatiga. En vano intento paliar mi debilidad... Ah! cuantos hombres hubieran dominado el mundo, si no hubiesen tenido por tiranos la tos y la fiebre!. La salud!.. la salud es la mitad del génio. Vamos! es preciso trabajar... es preciso! (*Vuelve á escribir.*) (*Ideleta que ha abierto con precaucion la mampara, da algunos pasos.*)

IDELETA. No me atrevo á entrar... Ignoro lo que seria menester decirle para impresionarle.. para conmoverle.

CALVINO. Imprudente! Llevar encima semejantes pruebas! Es increible¡ Dichosa cartera! tú serás mi salvaguardia al propio tiempo que su pérdida.

IDELETA. (*Ap.*) ¿Qué está diciendo?(*Se acerca con toda la posible precaucion.*)

CALVINO. Esto es, sí... Los dos capítulos de la *Restitucion*... enteros de su puño y letra. Ah! Miguel! Al escribir estas líneas, escribias tambien tu sentencia de muerte.

IDELETA (*estremeciendose.*) Ah! esos papeles...

CALVINO. Está visto... en vano lucho... mi vista se turba... oh! los dedos de plomo del sueño... se cierran mis ojos... Mañana al amanecer... la embarcacion... las armas... seré fuerte... y... y morirás, Miguel... Dios... te ha condenado!

IDELETA (*con voz sorda.*) Todavia nó, Juan de Noyon.

CALVINO (*entre sueños.*) Morirás!...

(*Ideleta se inclina y estiende la mano hácia la cartera abierta. Calvino hace un movimiento. Ideleta se detiene, le mira y se apodera en fin de la cartera, cuyos esparcidos papeles reune. En seguida apaga la lámpara.*)

IDELETA. Eres tú quien morirás. (*Se aleja.*) Duerme... duerme, Calvino! A mi me toca velar.

CUADRO QUINTO.

Los libertinos.

En casa Pecolat. Sala de honor del antiguo palacio de los duques de Saboya. torno de las pilastras flotan los estandartes tomados á las tropas del duque Cárl La sala está espléndidamente iluminada. Los hombres visten el traje de la corte Enrique II. Puertas bajas laterales, en primer término. Grande puerta de dos h jas en el fondo, los convidados están sentados en torno de una mesa suntuosame servida.

ESCENA PRIMERA.

PECOLAT, PEDRO AMEAUX, ROBERTO COP, HUGO VANDEL, MATEO PHILIPPE, LEONA, BONNIVARD, CIGOGNE, *señores y señoras, pajes y lacayos.*

PECOLAT. Señores, la noche comienza apenas y las puertas estan cuidadosamente guardadas. Pajes, haced circular los vinos españoles. Quiero que el rumor de nuestros vasos y nuestras báquicas y estrepitosas carcajadas, lleven el eco de nuestros placeres hasta los oidos de Juan de Noyon. A tu salud, Pedro Ameaux, tú, que eres el Dios coronado de esta orjía. Señores, bebo á la salud de Pedro Ameaux.

TODOS. A la salud de Pedro Ameaux!

AMEAUX (*levantándose.*) A la pronta libertad de los que gimen entre los hierros,— á Miguel Servet!

TODOS. A Miguel Servet!

PECOLAT. Sí, á Miguel Servet; él es á quien nos toca salvar para que luego él nos salve á nosotros. (*Se levantan todos.*)

ROBERTO COP. Desgraciadamente estamos sin armas.

PECOLAT. Armas! yo encontraré aun cuando tuviera que ir á pedírselas á los Bearneses.

MATEO PHILIPPE. Muy bien dicho, si se te da tiempo.

PECOLAT (*mas bajo.*) Berthelier ha ido á la casa de la ciudad, y si podemos ganar algunos dias... (*Bonnivard escucha atentamente cuanto dice Pecolat. Cigogne pasa delante de él y le separa, poniendose á escuchar á su vez con tanta atencion como el otro. Pecolat se vuelve y le ve.*) Hola! bufon! Muy tiesas están esta noche tus orejas!

CIGOGNE. Favor que me haceis, monseñor! (*Pecolat y sus amigos se dirijen otra vez á mesa.*)

BONNIVARD. (*A Cigogne.*) Oiga, maese fon! acaso tendrias la pretension de estorb me en el cumplimiento de mis deberes? — bécil! yo solo soy el que conoce los secr del amo.

CIGOGNE. Esto quiere decir que corren ligro el amo y sus secretos.

BONNIVARD. Insolente!

CIGOGNE. Vamos, dejémonos de simplez seamos francos. Nunca se ha visto semej apetito de traicion! parece que no hay mas para vos. — Y el caso es que cualquier creeria rico... vamos, es imperdonable. E cio no es malo, no digo que nó, pero hac sin necesidad, por gusto, por simple afi espiar para matar el tiempo... bah! es barbaridad.

BONNIVARD. Creedme, señor Cigogne, c do tiene uno la desgracia de ser tan sarcá como vos, se espone á concluir mal. Se visto ya ejemplos. (*Se ajeja.*)

CIGOGNE (*á si mismo.*) Calla! ¿qué es lo esto significa? Significa que haré bien en lantarme y entregar á Bonnivard antes qu me entregue á mí.

LEONA (*que baja á la escena cojida del b zo de Pecolat.*) ¿Me direis, en fin, mi noble ñor, que es lo que os ocupa esta noche la i ginacion? Vuestra frente se pliega ante la ruga de una idea, en tanto que vu boca quiere entreabrirse ante la aparicio una sonrisa.

PECOLAT. Estaba pensando, Leona, que noche sois la mas bella entre las bellas.

LEONA (*riendo.*) ¿Y es esto lo que os tristece?

Pecolat. Hola! pajes, escanciadme vino de ipre, quiero beber á la hermosura de Leo- Señores, haced honor á mi bríndis. La mosura, — por mas que diga Calvino, el estro tirano de nuestras conciencias, — la mosura es la relijion de los grandes cora- es, es el sol de las almas, es la sonrisa de s! A la hermosura de Leona!

Todos. A la hermosura de Leona!

ESCENA II.

chos, Berthelier *que llega por la derecha.*

Berthelier (*en voz baja á Pecolat.*) Amigo!

Pecolat. Eres tú! ¿Qué sucede?

Berthelier. Todo está perdido.

Pecolat. Cielos!

Berthelier. Han registrado á Miguel y le hallado una cartera con papeles que prue- que son suyos los libelos contra Calvino. le salvarémos.

Pecolat. Fatalidad!

Berthelier. Dáte prisa, dispersa á los con- dos por tu parque y haz que nos quede- aquí, solos con los nuestros.

Pecolat (*á los convidados.*) Señores, los nes se iluminan y va á empezar el baile.

Leona. Baile! ¿qué estais diciendo? Y los os? y el consejo?

Pecolat. Vive Dios! Hábiles tienen que ser spías que se introduzcan aquí.

Cigogne (*bajo á Pecolat.*) ¿Estais seguro de ivard? Reparad que no ha bebido mas que . (*Pecolat hace un movimiento.*)

Diego Vandel (*presentando la mano á Leo-* Encantadora Leona, reclamo la gloria de con vos el baile.

Pecolat. Y despues de él, señora, acordaos í. Id, y no paseis cuidado; el consejo na- brá por esta vez. (*Leona sale con su ca- ro. - La multitud se dispersa.*)

Bonnivard (*bajo á Pecolat.*) Guardaos de gne; tiene demasiada socarronería para de- e ser un bribon. (*Se aleja.*)

Pecolat (*mirando á ambos.*) Ó mucho me gio, ó hé ahí á dos traidores que acaban nderse el uno al otro.

Cigogne (*á si mismo.*) Creo que ha llega- instante de aguzar los oidos.. (*Mirando nivard.*) y de quitarme cualquier estor- e enmedio. (*A Pecolat.*) Dispensadme, eñor,..

Pecolat. ¿Qué tenemos?

Cigogne. Bien sabe Dios que no quisiera ha- ceros sospechar de uno de vuestros amigos, pero sin embargo, no sé porqué, desconfio de ese viejo Bonnivard.

Pecolat. Gracias por tu consejo, Cigogne. Vas á ver como sé aprovechar y tener en cuenta tus avisos. (*Se aleja y llama á parte á Bonnivard, un poco hácia la izquierda.*)

Cigogne. Calla, calla! y que pronto que ha prendido la mecha!

Pecolat (*á Bonnivard.*) Mi querido señor Bonnivard, tengo confianza entera en vos y es preciso que os hable sobre la marcha. Estoy comprometido en el negocio de Servet; pero en gran manera comprometido.

Bonnivard. Mi querido Pecolat, ya sabeis que os soy enteramente adicto.

Pecolat. Ninguna duda me queda... Entrad en ese gabinete, donde podrémos hablar sin testigos... Os lo contaré todo... Entrad, que al momento me reuno con vos. (*Bonnivard entra en el gabinete de la izquierda. Pecolat cierra la puerta trás de él y retira la llave.*)

Cigogne. Toma! y le ha encerrado!

Pecolat. Este gabinete no tiene salida... y va uno! (*Llama con señas á dos criados, y les habla en voz baja señalándoles á Cigogne.*)

Cigogne (*á si mismo.*) Suprimido ya Bon- nivard, quedo yo un hombre indispensable, y el señor Calvino... (*Los criados se precipitan sobre Cigogne y se lo llevan por la derecha.*)

Cigogne. Eh! ¿qué es esto?... qué es lo que intentais?

Pecolat. Silencio, miserable, ó te hago mo- rir á palos. (*Cigogne desaparece.*)

ESCENA III.

Los libertinos, pecolat.

(*Los libertinos que estaban agrupados en el fondo del teatro bajan á la escena por ambos lados de modo que Pecolat se encuentra en el centro.*)

Pecolat. Hablad, señores. Solos estamos.

Pedro Ameaux. Mi querido Pecolat, los sí- dicos han contestado formalmente á Berthelier, que solo cederian á la fuerza y que contaban con el apoyo de buenos ciudadanos. Ahora, bien, esos buenos ciudadanos, es decir, la es- coria de aventureros, á quienes han hecho ciu- dadanos de Ginebra, son en número de cinco mil, cuando nosotros somos apenas quinientos.

PECOLAT. Sí, pero ellos apenas tienen armas.

PEDRO AMEAUX. ¿Y tú tienes acaso para dar nos?

PECOLAT. Qué mas?

PEDRO AMEAUX. Qué mas? nuestros enemigos son hábiles. Mañana publicarán el estracto de los papeles encontrados á Servet, — mañana esos papeles le convencerán de la mas horrible herejía y no faltará ya nada mas para que la ciudad tome partido contra él y... nosotros.

PECOLAT (*con desaliento.*) Oh! Servet! Servet!

PEDRO AMEAUX. Para salvar à Servet se necesitarian milagros; primeró que las pruebas que puedan obrar en su contra, fuesen anonadadas; en seguida que la Providencia nos enviara armas... (*La puerta del fondo se abre lentamente y aparece en el umbral una mujer velada.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS. LA MUJER VELADA.

LA MUJER VELADA. Os faltan armas, decís?... Las tendreis... Por lo tocante á la cartera de Miguel, aquí os la entrego.

PEDRO AMEAUX. Una mujer aquí! por dónde ha entrado!

BERTHELIER. Quién sois, señora! Hablad.

PECOLAT (*Ap.*) Miguel tenia una llave, lo adivino. (*Bajo à Ideleta.*) Sois Ideleta de Bores. (*Alto,*) Señores, conozco á esta mujer, respondo de ella. Os escuchamos, señora.

IDELETA. Mañana al amanecer una barca debe abordar tras de la casa de Cigogne, el tabernero. Esta barca contiene pólvora y arma

BERTHELIER. Cigogne!

PECOLAT. Sí, es un traidor. Un momento hace que le he hecho cojer y encerrar. Ya ve pues, que dice verdad esta mujer. ¿Qué ma señora?

IDELETA. Conviene que esta cartera vuelva poder de Servet. Los papeles que contiene e tán llenos de notas escritas por su acusador.

PECOLAT. Le serán devueltos estos papel Respondo con mi cabeza.

IDELETA. Bien está. Solo una palabra. C vino es poderoso, Calvino está rodeado de f les; él es quien acusará á Servet y tal vez e cuentre para vencer recursos desconocidos. pesar de todos vuestros esfuerzos, Servet pu de sucumbir.

PICOLAT. Oh! si Servet sucumbiese...

IDELETA. Si sucumbe, debe ser vengado. (*libertinos hacen un movimiento.*) Regalo regalo, señores. Os faltaban armas, os las d pero para mí la sublevacion. Me hace falta Adios. (*Se aleja.*)

BERTHELIER. Pecolat, dinos cuál es el no bre de esa mujer.

IDELETA (*volviéndose.*) Mi nombre! tengo uno que no hay inconveniente en d roslo · — Me llamo la cólera. (*Desaparece.*

CUADRO SEXTO.

La conspiracion.

Á la derecha la casa de Cigogne (fachada opuesta á la del segundo cuadro) puerta de entrada se abre sobre una escalera de tres gradas que baja á un estr ribazo. El lago. Al fondo las costas de Saboya. Una barca de vela latina está an rada al ribazo. Son las tres de la mañana. — Debajo la escalera la puerta de bodega.

ESCENA PRIMERA.

PECOLAT, CIGOGNE, BERTHELIER.

(*Aparece Pecolat seguido de Cigogne, al cual sigue Berthelier. Pecolat y Berthelier están envueltos en su capa y bajan al ribe*

PECOLAT. Oiga! Nunca nos habias dicho tu casa tuviera una salida secreta al lago.

CIGOGNE. Habrá sido un olvido, mons un olvido.

Pecolat. El caso es, maese Cigogne, que encuentras prendido en tus propias redes.

Cigogne. Señor Pecolat, soy jugador honrado. Vuestra es la partida y líbreme Dios de disputaros las fichas.

Berthelier. Y quién te dice, bribon, que una de estas fichas no sea tu vida?

Cigogne. Ay! mis buenos señores, demasiado sé que mi vida está en vuestro poder, y la abandono, ya que no puedo hacer al contrario. Considerad, sin embargo, que mi vida es un instrumento, el cual sólo yo me hallo en estado de manejar con alguna habilidad, y que no podrá seros útil sino me dejais á mí en posesion. Cuando se apodera uno de un cañon ¿nó vale mas volverle contra el enemigo que enclavarle en el sitio?

Pecolat. De manera que el ingenioso Cigogne está dispuesto, ahora que hay de por medio su piel, á vender á Juan de Noyon en provecho de los libertinos?

Berthelier. Lo mismo que hacia ayer, cabalmente, vendiendo á los libertinos en provecho de Juan de Noyon.

Cigogne (*compunjido.*) La política tiene sus percances.

Berthelier. Miserable!

Pecolat. No te arrebates, Berthelier. El viejo no carece de buen sentido y quiero seguir su consejo. Oid, maese Cigogne, mientras aguardais el momento de ser ahorcado, lo cual no puede tardar en suceder, y lo que os deseo de todo corazon, atendido que el cadalso ofrece una de esas posiciones elevadas que conviene á gentes como vos....

Cigogne. A la verdad, monseñor, me honra demasiado....

Pecolat. Nó, nó, maese Cigogne, subireis en puesto y rango que mereceis, aun cuando sea yo que favoreceros un poco. Pero entretanto aguardamos que vuestras virtudes os hagan de tan eminente puesto, vais á decirme la que veo allí, amarrada en la sombra, esa embarcacion que el señor Calvino ha hecho venir clandestinamente no sé de donde—creo que de Lausana—cargada de pólvora, balas y otras máquinas para introducirnos un poco de plomo en la cabeza, á nosotros los vivos y calaveras?

Cigogne (*balbuceando.*) Eh?... ¿qué quereis decir? una embarcacion.... mosquetes!...

Berthelier (*sacando una pistola de su cinturon.*) Responde sin retórica ó te abraso los sesos.

(*Cigogne mira á Berthelier, se vuelve en seguida y encuentra la boca de la pistola de de Pecolat.*)

Pecolat. Sí, querido Cigogne, sí, nos veremos en la dura y precisa necesidad de....

Cigogne. ¿Quereis hablar de esta embarcacion amarrada al ribazo?

Pecolat. Sí, amarrada al ribazo.

Cigogne. Debe contener ciento cincuenta mosquetes sacados del arsenal del castillo de Morges y á mas cien quintales de pólvora y diez millares de balas. En el momento que yo arroje cierto grito convenido, pero que ignoro....

Berthelier. Cómo! qué ignoras?

Cigogne. Sí, la persona que debe indicármelo, no ha llegado todavía.

Pecolat. Ah! la persona.... Y bien, así que tú hayas lanzado ese grito?...

Cigogne. Dos marineros de este buque desembarcarán las diversas marcancías que contiene, las cuales haré yo transportar á una bodega de la que aqui teneis la entrada.

Pecolat. No sé si eres tú de mi parecer, Berthelier, pero me parece que Cigogne responde con bastante franqueza. Me gustas, Cigogne, y si me lo permites voy á hacerte otra pregunta.

Cigogne (*señalando la pistola.*) Siempre por medio de esta bocina?

Pecolat. Siempre. Si no recuerdo mal, hasme dicho que el señor capitan general te habia dado un pase para que sirviera de órden al alcalde de la prision de L'ile, y que todas las mañanas envias allí á tu sobrina con una cesta de provisiones?

Cigogne. Que vende à los prisioneros durante la hora que se pasean por el patio, sí, monseñor.

Pecolat. Irá tambien esta mañana tu sobrina á la càrcel de L'ile?

Cigogne. Acostumbra á ir todas la mañanas al amanecer y la estoy aguardando ya para ello.

Pecolat. Ah! nó está aquí, María? Pero es una niña, y si está ausente no vendrá sola.

Cigogne. Así lo supongo.

Pecolat. ¿Y quién supones tú que la acompañará?

Cigogne. Yo.... qué sé!

Berthelier (*montando su pistola.*) Cigogne, el señor Pecolat y yo empezamos á no estar satisfechos de tus respuestas.

Cigogne. Aguardad.... aguardad.... supongo que será el mismo señor Calvino quien la acompañe.

Berthelier. Por fin!

Pecolat. ¿Y es el señor Calvino quien debe darte el santo y seña para que lo transmitas á los marineros de la barca?

Cigogne. Monseñor....

Pecolat. Reasumamos, Cigogne, porque en todos los negocios es preciso entenderse. El señor Calvino va á llegar, te dará la señal convenida, llamarás á los marineros, se acercarán estos, descargarán sus mercancías, las cuales serán cuidadosamente depositadas en esta bodega. Despues de lo cual, tú cerrarás la bodega y me darás la llave. Es esto, nó es verdad?

Cigogne. Cómo, ¿qué es esto? ¿Quereis que os entregue á vos la llave de la bodega?

Pecolat. Vamos, bien nos pasarás este pequeño capricho al señor Berthelier y á mí.

Cigogne. Y ¿qué hareis de la llave?

Pecolat. Qué te importa, puesto que asi que estén depositadas las armas y haya partido el señor Calvino, te conduciremos otra vez á mi casa, donde continuaremos guardándote con centinelas de vista?

Berthelier (*que ha subido al fondo.*) Cigogne, ¿qué es esta mancha negra que distingo allá abajo deslizarse por el agua y que parece dirijirse hácia este lado?

Cigogne. Una mancha negra?

Berthelier. Sí, allí, ahora cabalmente entre la sombra de aquellas dos casas.

Cigogne. Alguna lancha sin duda. No distingo perfectamente.

Pecolat No importa. Si es aquí á donde se encamina, demasiado lo veremos. Entretanto, mi buen Cigogne, vamos á entrar y mudaremos de traje, porque sino me engaño, tú llevas aun tu vestido de baile y no es este un traje conveniente para recibir al señor Calvino. Por lo que toca á nosotros, para que podamos vijilar el desembarque, nos prestarás á cada uno un capote y un gorro de lana. Pasaremos por criados tuyos.

Cigogne. Cómo! quereis....

Pecolat. Sin duda, y en tanto que el señor Calvino te hable de sus negocios, te tomarás la molestia de contestar en voz alta para que podamos oirte. Te advierto esto, por el interés que me inspiras.

Cigogne. (*Ap.*) Lo que es de esta no me escapo.

Berthelier. Aquí es decididamente dond se dirige la lancha. Despachaos, tiempo es y de entrar.

(*Cigogne da algunos pasos para entrar pri mero, pero los otros se lo impiden y entran la casa colocándole en medio.*)

ESCENA II.

CALVINO, MARIA.

(*Aparece una lancha por la izquierda co ducida por María. Calvino está sentado en popa. María salta á la orilla y ayuda á Cá vino á bajar.*)

Maria (*amarrando la lancha.*) ¿Quereis q vaya á despertar á mi tio, padrino?

Calvino. Todavía nó, tengo que hablar (*Aparte.*) Loado sea Dios... la barca ha lle do sin obstáculos.

Maria. Dispensadme, padrino mio, pero cidme antes: ¿quereis hablarme ó hacerme blar?

Calvino. ¿Qué quieres decir?

Maria. Es que ya veis, padrino mio, si os cuento historias para divertiros, es á c dicion que no hagais llorar á mi madrina.

Calvino. Tienes razon, hija mia. Tu mad na es una santa mujer á quien es preciso dar pesadumbres. Y dices que lloraba muc

Maria. Ay! habia para partir el corazon

Calvino. Y ¿cómo ha pasado el resto d noche?

Maria. No puedo saberlo porque acababa nas de sonar la queda, cuando me mandó rarme á mi aposento y acostarme. Est aguardando mucho tiempo al señor Dona quien queria hablar, pero viendo que no via, resolvió entrar en vuestro cuarto. Er muy entrada la noche. Se levantó de su entonces fué cuando mandó retirarme mientras que yo subia á mi aposento, encaminarse á vuestro gabinete.. . Vamos ahí que ya estoy charlando otra vez.... D me, ¿quereis que vaya à despertar á m padrino?

Calvino. ¿Y no la has vuelto á ver? T acostado, te has dormido y nada mas sa

Maria. Nada mas sé... quereis que vay

Calvino. Sí, anda á decirle que se desp porque no tardará en aparecer el dia.

(*María entra en la casa.*

ESCENA III.

CALVINO, *solo.*

Ha venido á mi gabinete ayer noche, des-
es de la queda... En efecto, me parece que
una sombra durante mi sueño. Una voz me
bló... Es estraño! cuando he salido de mi es-
por, la lámpara habia dejado de arder. He
lo pasar por debajo de mis ventanas al vi-
ante nocturno. Eran las tres de la madruga-
He vuelto á encender mi lámpara, he ar-
ado una mirada á la mesa... habian desapa-
ido! Esos papeles, esa cartera, esas notas
mas que estaba yo escribiendo, nada, nada!
pados! misterio y traicion. (*Se pasea á pa-
precipitados.*) Pedro pretende que se ha
mido, que nada ha visto... Desconfio tam-
n de Maria... Puesto que nada quiere decir,
señal que guarda un secreto...
(*Queda sumerjido en una profunda medita-
.*)

ESCENA IV.

ALVINO, CIGOGNE, PECOLAT, BERTHELIER.

(*Estos dos últimos van vestidos de mozos de
aberna y se colocan en el fondo del teatro
á derecha y otro á izquierda. Pecolat lle-
n la mano una linterna.*)

GOGNE (*en voz alta á Calvino*). Aquí es-
señor.

LVINO (*haciendo un movimiento*). Eh! po-
poco! no es cosa de hacerse oir de to-

GOGNE. Es preciso llamar á los marineros?

LVINO. Sí, despáchate.

GOGNE. El santo y seña?

LVINO. Por Dios y por la patria.

GOGNE. Hohé! de la barca. Por Dios y por
tria, avanzad.

COLAT (*repitiendo*). Por Dios y por la pa-
avanzad!

VINO. ¿Quién es ese hombre?

OGNE. Uno de mis dependientes á quien
do el encargo de vigilar el desembarque.

VINO. ¿Estás seguro de tu gente?

OGNE. ¿De esos dos?.. Oh! les conozco...

VINO. Respondes de ellos con tu cabeza?

OGNE. Con mi cabeza?.... sí, monseñor,
i cabeza, esto es... Pero, con vuestro
o iré á abrir la puerta de la bodega.
tanto que Cigogne abre la puerta, los
eros han bajado un puente de tablas y
han ido saliendo del buque llevando cajas sobre su espalda. Uno de ellos, teniendo en la mano un farol, ha sido el primera en bajar à la bodega.)

CIGOGNE (*á Calvino*). ¿Nó ireis vos mismo á examinar las... mercancias?

CALVINO (*que ha sacado su cartera*). Sí, al momento... Manda acercar á uno de esos hombres con luz.

CIGOGNE. Hola! Acercad vuestra linterna.

(*Pecolat baja la escena y alumbra á Calvino.*)

CALVINO. Inclínate un poco para que escriba.

(*Cigogne obedece y presta su espalda á Calvino que se sirve como de un pupitre.*)

CALVINO. Cigogne?

CIGOGNE. Monseñor?

CALVINO (*escribiendo*). Esta carta es para Simon Potin, el alcalde de la torre de L' Ile. ¿Irá Maria á llevar provisiones como de costumbre?

CIGOGNE. Sí, monseñor.

CALVINO (*cerrando la carta*). La confiarás esta carta sin decirla que viene de mí, y la encargarás que la entregue á Simon.

(*Le da la carta.*)

CIGOGNE. Se hará asi, monseñor.

CALVINO (*á Pecolát*). Está bien. Retírate. (*á Cigogne*)—Es indispensable que esta carta sea entregada al alcalde de las cárceles antes que nadie haya podido penetrar en ellas primero que Maria. Así, pues, date prisa, que parta en seguida. — Yo voy á vigilar el arreglo de mis cajas.

PECOLAT (*asi que ha desaparecido Calvino.*) La carta?

CIGOGNE. La... la carta?

PECOLAT. Sin titubear, vive Dios!

CIGOGNE. Aquí la teneis..... aquí la teneis. (*Aparte.*) Me queda á lo menos el consuelo de saber que si no soy ahorcado por estos, no me escaparé de las garras del otro.

PECOLAT. Haz bajar á tu sobrina.

CIGOGNE. Voy, monseñor. (*Llamando desde el pie de la escalera*) Maria..... eh! Maria! (*Quiere entrar en la casa pero se lo impide Berthelier amenazándole.*)

MARIA (*dentro*). Allá voy, tio, allá voy!

PECOLAT (*leyendo la carta á la luz de la linterna.*) «Señor Potin, os mando registrar á «María, y enviarme sin pérdida de tiempo lo «que la encontreis, ya sean cartas ó papeles.» (*A Cigogne*). Cigogne, haced que se acerque vuestra sobrina.

ESCENA V.

PECOLAT, MARIA, CIGOGNE, BERTHELIER.

PECOLAT. Hija mia, ¿visteis ayer, en el patio, á dos hombres, uno de los cuales vestia el hábito de hermano suizo?

MARIA. Ah! ese pobre señor Servet.

CIGOGNE (*aparte*). Oiga! mira la aturdida!.. Nada se la escapa.

PECOLAT. Le reconocereis entre los prisioneros del castillo de L' Ile?

MARIA (*mirando à Pecolat. Aparte.*) Calla! y es el otro! el señor Pecolat!

PECOLAT. Le reconocereis, nó es cierto?

MARIA, Sí, señor.

PECOLAT (*sacando un paquete de su bolsillo*). Pues bien, aquí teneis un paquete cerrado que hareis llegar á sus manos sin que nadie se aperciba de ello. Es vuestro tio, el señor Cigogne, quien os lo encarga. Nó es verdad, Cigogne?

CIGOGNE. Oh! sí, indudablemente... pero estad seguro que la registrarán.

MARIA. Cómo se entiende registrarme! Toma! quisiera verlo! Simon Potin me habla algunas veces de la consigna, pero es un pretesto para que sus manos anden sueltas. Yo me escapo y le dejo con un palmo de narices.

CIGOGNE (*bajo à Maria*). Necia!

BERTHELIER (*separando á Cigogne*). Nada de apartes!

(*Berthelier durante esta escena debe colocarse de manera que pueda acechar la escalera de la bodega.*)

PECOLAT. Bien, hija mia. Tomad, pues, este paquete, como os lo pide el señor Cigogne, y así que hayais reconocido al señor Servet, acercaos con precaucion y dádselo sin que nadie lo vea.

MARIA. Que le entregue.... esto? (*tomando el paquete.*)

PECOLAT. Sí, hija mia, y no olvideis que vá en ello la vida de dos personas, la del señor Servet primero y la de vuestro tio en seguida. ¿Nó es verdad, Cigogne?

MARIA (*metiendose el paquete en su bolsillo*). Dios mio! será cierto?

CIGOGNE. Sí, sí, perfectamente cierto, puesto que el señor os lo dice (*aparte*). Este hombre es el demonio.

BERTHELIER (*acercándose*). Silencio! vuelven los marineros.

PECOLAT (*á Maria*). Cuento con vos!

MARIA. Podeis contar, si señor..... Ah! mi lengua, mi lengua! y decir que ella es causa de todo!

ESCENA VI.

DICHOS, LOS MARINEROS, CALVINO.

(*Los marineros vuelven á su embarcacion.*)

CALVINO (*cerrando con doble llave la bodega*). ¿Vais á las cárceles de la torre, Maria

MARIA. Sí, padrino mio.

CALVINO. ¿Os ha dicho vuestro tio que te que confiaros una carta?

MARIA. Una carta?.... sí...., en efecto, u carta.

CALVINO. Ejecutad puntualmente sus órd nes y no olvideis nada de lo que os man hacer.

MARIA. Oh! perded cuidado.. nada... no vidaré nada... ya que vos me lo mandais ta bien. (*yéndose*) Maldito si entiendo una pa bra... (*Entra en la casa.*)

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* MARIA.

CALVNIO (*bajo á Cigogne*). Es menester mañana á la noche hayan quedado distribui esas armas. No te muevas de aquí, vigila tu casa y aguarda mis órdenes.

CIGOGNE. Está bien, monseñor.

CALVNIO (*dandole la llave de la bodega*) sabes que respondes con tu vida de lo que cierra esa bodega.

(*Se aleja con direccion á su lancha.*)

BERTHELIER (*que está junto á Cigogne*) llave?

CIGOGNE. Por piedad!.. ya lo habeis oid va en ello mi vida!

BERTHELIER. Nada de réplicas! la llave

(*Cigogne le entrega la llave haciendo un to de desesperacion.*)

CALVINO. (*De pie en la lancha; uno d marineros ha entrado en ella y se ha ap rado de los remos. Sale el sol.*) Hermanos saludemos el dia que comienza.

CIGOGNE. Dios sabe como acabará para

(*Todos se descubren y arrodillan*

CALVINO. Señor, dadnos la fuerza sufic para emplear este dia en provecho de la na causa.

PECOLAT. Emplearemos este dia, oh s en provecho de la buena causa.

(*La lancha se aleja*

CUADRO SÉPTIMO.

El acusador.

Una sala baja y abovedada llamada sala de la cárcel y que precede la entrada los calabozos de la torre de L' ile. Al fondo una alta y ancha puerta principal r donde se percibe el patio, resguardado por las fuertes murallas del castillo. Á derecha una puerta rebajada que abre paso al calabozo de Servet. Á la izquierda a puerta del mismo estilo, que es la del calabozo de Donato; este calabozo figura ibir la luz por una ventanilla enrejada, abierta á algunos pasos del suelo.

ESCENA PRIMERA.

ARIA *que entra corriendo, su cesta bajo el zo, seguida de* SIMON POTIN *que la persigue.*

IMON. Ah! picaruela, yo me vengaré!

ARIA (*riendo*). Dejadlo para otra vez, mi o amigo. Creedme, no os acaloreis así; tros corredores son húmedos y mal sanos

MON (*alegremente*). Bueno, bueno; á lo me egistraré!

RIA. Bah! Lo creeis así?

ION. Y mi consigna? No debo acaso regis- á todas las personas, sea cual sea su sexo. traria al mismo señor Calvino... Tal es la n.

RIA. Ah! es la órden! Pues bien, vamos como ejecutais esta órden conmigo! De iano puedo deciros lo que encontrareis.

ION. Y ¿qué es lo que encontraré?

RIA. Bofetones.

ON (*mirándola tiernamente*). Mejor qui- otra cosa.

RIA. Lo siento en el alma, amigo mio, es todo lo que me puedo atrever á ofre-

ON. Verdad es que un bofetoncito de una queñita mano es capaz de exaltar á uno... qué manecita tan linda... Terciopelo co- rosa.... sí, vota vá! verdadero tercio-

ce ademan de quererla besar. María le bofeton)

IA. Y van dos!

N (*exasperado*). Ah! pues lo que es tanto peor, rejistraré.

ría se escapa y da vueltas al rededor de los bancos de madera que ocupan la es- primer término. Simon la persigue.)

SIMON (*poniendo mano á la cesta y apode- derándose*). Bueno, tengo ya el cuerpo del delito, *corpus delicti*, como dice maese Colladon.

MARIA (*aparte*). Anda, sí, rejistra cuanto quieras.

SIMON. Empezaré por asegurarme de que, cobarde y traidoramente, no hayais querido introducir aquí algun licor sospechoso, inmoral y peligroso, mas bien hecho para los peces que para los hombres. (*Saca una botella, la destapa y bebe*).

MARIA. Calla! y lo hace como lo dice.

SIMON (*paladeando*). Examino... investigo.. tal es mi consigna.

MARIA. Será vuestra consigna, no lo pongo en duda, pero os ruego que no la cumplais con tanto celo.

SIMON. Las órdenes son severas. (*Vuelve á beber*).

MARIA (*que ya no rie*). Eh! quereis estaros quieto.

(*Hace un gesto para impedirle que beba. Simon la coje por la cintura*).

SIMON. Ah! ah! lo que es por esta vez no os suelto. Quereis capitular? O bebo ó abrazo! Tal es mi determinacion.

MARIA. Potin, se lo diré á mi tio.

SIMON. O bebo ó abrazo, no salgo de aquí. Veamos, pronto, pronto, decidios: Bebo? abrazo?

MARIA (*riendo*). Qué bestia, Dios mio! como si yo no prefiriera dejarme robar algo, antes que permitir que le roben á mi tio.

SIMON (*abrazándola*). Ah! perla de las sobrinas; esto es lo que se llama ganar el cielo. (*Déjase oir la campana de la cárcel*).

MARIA (*recogiendo su cesta*). Sí por cierto,

y debiera contárseme como acto de contricion. ¡Qué desgracia que hayan abolido las indulgencias!

(*Un llavero atraviesa la escena y abre los calabozos.*)

SIMON. Pero, qué fortuna que hayan quitado la confesion! A propósito, ya lo sabeis, no podeis estaros aqui, en la torre.

MARIA. Y desde cuando?

SIMON. Desde la órden del capitan general; debeis iros á instalar abajo, en el patio, junto á la reja. Vamos, vamos, despachemos.

(*Arrastra consigo á Maria que opone algunas dificultades. Se ve por la puerta del fondo á los prisioneros que empiezan á pasearse por el patio.*)

ESCENA II.

SERVET, *en seguida* MARIA.

(*Servet sale de su calabozo y se sienta en un banco que está à la puerta de su prision.*)

SERVET. Mañana, dicen, es cuando debo comparecer ante el consejo.... Bah! Todo está terminado. Me han encontrado mas pruebas de las que necesitaban!.. Pero y ese niño en cuya frente no habré podido inprimir mis labios.... Morir sin verle... sin conocerle... Morir!

MARIA (*volviendo á aparecer en el fondo*). Él es! (*A media voz*) Pst! Pst! Señor Servet!

SERVET. Quién me llama? qué me querrá esa jóven?

MARIA (*con voz de vendedora*). Hermosos quesos de Basilea, á seis dineros! Panecillos de manteca, vino de Ivornia de superior calidad!.. Un vaso de vino de Ivornia por dos sueldos! (*Saludando á Servet.*) Deseais algo, señor?

SERVET. Cielos! es la jóven que vi ayer en casa de Ideleta!

MARIA. Aquí teneis un paquete que me han encargado entregaros (*Le dá el pliego*). Tomadlo... aprisa!.. aprisa!.. Tiemblo porque no me vean... es de parte del señor Pecolat. (*Corre á la puerta y se pone en acecho*). A seis sueldos los quesos de Basilea! Escelente vino de Ivornia á dos sueldos el vaso! Quién quiere mas?

SERVET (*que ha abierto el pliego*), Mi cartera!.. mis papeles!.. Dios eterno! Estos son... estos; ni siquiera falta una hoja, ni siquiera una nota! Oh! Calvino, Calvino, ahora soy invencible!

MARIA (*en el fondo de la escena*). Vienen... ocultad todo esto! Hermosos quesos de Basil á seis dineros!.. panecillos de manteca!..

SIMON (*que llega apresurado*). María, ya s beis que no es este vuestro puesto. Debeis locaros allí, junto á la puerta. Parece que gamos! Toda mi vida la paso corriendo tras vos.

MARIA. Pues yo no os imito por cierto, p que paso la mia en huiros. (*Se escapa*).

ESCENA III.

SIMON POTIN, SERVET.

SIMON. Ah! loquilla! ya me las pagarás das juntas! (*à Servet*) Perdonadme, señor r pero no podeis permanecer en esta sala. En en vuestra calabozo ó idos á pasear con otros prisioneros por el patio.

SERVET (*muy agitado*). Sí, sí, ya lo s me lo ha dicho vuestro llavero. El acusado mi causa está aquí desde ayer noche... Es donde está... aquella ventanilla da á su cal zo, segun creo!

SIMON. Si señor, y queriendo pasearse aquí, al abrigo de todas las miradas, ha o nado que antes se alejara todo el mundo.

SERVET. Oh! no me admira! Un tan personaje! — Creo que os llamais Simon P

SIMON. Para serviros, si señor.

SERVET. Pues bien, mi querido señor P tratad de procurarme una entrevista co acusador.

SIMON. Estais en vos!

SERVET. Oh! no debe sobresaltarse por la justicia. Ambos á dos tenemos nuestra beza comprometida en el negocio, y con salvacion del uno nace de la pérdida del no debe temerse que nos entendamos para ponerlo. Decidme, ¿se oponen á ello vue órdenes?

SIMON. Nó precisamente, pero es nece que esta entrevista sea efecto de un cons miento recíproco.

SERVET. Y bien! Mi parte contraria cre no pedirá otra cosa que alimentarse con e pectáculo de su víctima. Pardiez! los ant héroes, antes de empuñar la espada, se taban con la voz, se median con la vista. ñor Potin, id á decir á mi acusador que hablarle.

SIMON. Entraos en vuestro calabozo; el sador va á salir del suyo, y si consient veros...

SERVET. Me introducireis cerca de él. Gra-
s, mi querido señor Potin. (*Aparte con aire triunfo.*) Ah, Calvino! has abierto un abismo
e mis pies. Pues bien, yo te prometo que
cerrará sobre tu cabeza (*Entra en su cala-
o*).

ESCENA IV.

SIMON POTIN, *solo.*

aya! pues no es poco lo que pretende!..
o, qué diablo! yo nada arriesgo... cuanto
ahullen uno contra el otro ambos dogos,
tanto mas gusto se devorarán despues. Se-
osa de verles en el tribunal! (*Abre el ca-
zo de Donato.*) Podeis salir, señor! No hay
e.

ESCENA V.

ONATO, SIMON POTIN, *en seguida* SERVET.

ONATO (*saliendo*). Habeis tenido cuidado de
ar de aquí á la jóven que acostumbra fre-
itar esta prision?
MON. Y no ha costado poco trabajo por
o. Es una muchacha endiablada.
NATO. A propósito. Aguardo importantes
les que debe remitirme el señor Calvino...
ION. Se os entregarán tan pronto como yo
eciba... (*Acercándose*). Quisiera deciros...
ay uno... me parece que es un original...
a palabra, es vnestro acusado, Miguel
t en persona, maldito hereje, y por cierto
o quisiera estar yo en su pellejo! Es pues
moso criminal el que ha pedido veros y
ros.
NATO (*estremeciéndose.*) ¡Verme! ¡ha-
e! Es imposible! Hasta mañana debe ig-
todo el mundo quien es el acusador.
ION. ¡Oh¡ En cuanto á esto podeis per-
cer tranquilo... el buen hombre se halla
rado y á menos que lo diga á las paredes
calabozo...
NATO. (*Ap.*) Si me niego á ello, pensará
z que tengo miedo... que le temo... (*En
oz.*) Id á manifestarle que estoy dis-
o á verle.
*mon se inclina y corre á abrir el calabo-
Servet; entra este precipitadamente y
e á Donato.*)
VET. (*Ap.*) ¡Cielos! no es Calvino!

SIMON. Señores, voy á ponerme de acecho afuera, cerca de la puerta, á fin de que nadie venga á sorprenderos.

(*Mira fijamente al uno y al otro y luego se retira.*)

ESCENA VI.

DONATO, SERVET.

SERVET. Es esto un sueño... ¡qué! ¿sois vos quien me acusais?

DONATO. Soy yo, señor.

SERVET. Vos, á quien he salvado la vida!

DONATO. ¿Qué os lo que está diciendo?

SERVET. Aquel hermano, aquel hombre... que ayer en la plaza se arrojó ante vos para libraros del furor de una turba de asesinos que tenian levantado el puñal para atravesar vuestro corazon... ¡qué! no reconoceis!

DONATO. (*Ap.*) ¡Oh Dios mio! (*Alto,*) Sí, ya os reconozco ahora, y hoy, lo mismo que ayer, os doy gracias y os tiendo la mano. A vos debo la conservacion de una vida que, indiferente de aquí en adelante respecto á las cosas mundanas, se consagrará enteramente á Dios.

SERVET. ¡Estraña fatalidad! Dos hombres nacidos en dos puntos del globo, separados quizá por encumbrados montes y por la estremidad de los mares, dos seres del todo desconocidos, el uno jóven, dichoso, apenas entrado en la primavera de sus dias; el otro triste, achacoso, despues de haber sufrido los mas acerbos infortunios y próximo á padecer tambien los mas horrorosos tormentos, estos dos hombres, repito, se encuentran y á la primera mirada que se lanzan, parecen esperimentar un cambio sus dos almas; se aman al instante, sí, se aman, porque tú has derramado sobre mi miseria una lágrima y una limosna como yo he salvado tu vida que estaba amenazada... ¡Y todo es, Dios eterno, para venir á parar á una hora sombría, inexorable, en la que estas dos criaturas que quieren amarse y defenderse, van á odiarse y á sacrificarse mutuamente!...

DONATO. (*Ap.*) Dadme fuerzas, Señor!

SERVET. Tu nombre, ¿cuál es tu nombre?

DONATO. Ayer me llamaba Donato, hoy me llamo acusador!

SERVET. (*Acercándose á Donato.*) Acusador mañana, ¿porqué no habeis de ser hoy todavía Donato? Mañana vos y yo no serémos mas que

dos palabras. dos ideas, dos quimeras tal vez, pero hoy somos dos hombres.

Donato. ¡Señor!...

Servet. ¡Ah! Dios mio... ya sobrará tiempo para devorarnos los dos... Mirad, Donato, de todo lo que he visto, de todo lo que he sufrido, no he sacado mas que una conviccion, una sola, tal es la de que no es necesario apresurar los acontecimientos, poco importa arrastren consigo el triunfo, ó la derrota. La derrota es un desastre de mas y con frecuencia el triunfo una ilusion de menos.

Donato. No digais eso, Servet, por cuanto yo marcho al combate confiando en el Dios que guia mis pasos, y ufano por el señor que me ha confiado este cargo. No digais que no tardará en llegar la hora de la lucha... quisiera yo que en este mismo instante sònára... (*Sombrío y á si mismo.*) quisiera que el sacrificio estuviese consumado ya...

Servet (*herido con el acento de estas últimas palabras.*) Pobre niño... ya sabes que soy un viejo soldado; he combatido en Franconia en tiempo de las grandes guerras anabaptistas, cuando la espada y la fuerza eran los únicos argumentos. Despues, cuando el acero reemplazó la palabra, cuando la persuasion y las doctrinas sustituyeron el fanatismo y el furor de partido, me armé tambien de la palabra y espuse veinte veces la vida, como voy á arriesgarla ahora. ¡Ah! Dios mio! yo conocía bien todos los artificios, todos los ardides de esta esgrima en que los términos, las espresiones afiladas como puñales, se cruzan, se chocan, brillan, centellean y van á buscar el corazon. No ignoro tampoco que muy á menudo cuando la palabra que va á pronunciar los labios, debe dar la muerte ó la vida, la garganta se estrecha, la lengua queda como atada al paladar, el espíritu se perturba y la voz se amortigua... Ah! es un horrible duelo.

Donato. Duelo mil veces santo, duelo sublime y radiante, en que el justo tiene al mismo Dios que le ausilia.

Servet. ¿El justo?.. ¿Sabes tú quién de nosotros dos es el justo? ¡Oh! no temas que pretenda añadir nuevas dudas á las que esperimenta tu alma, pero debes advertir que tengo esta dolorosa esperiencia que enseña á leer en los corazones, y lo que voy á comunicarte, tu conciencia ya te lo ha dicho. Tú eres jóven, entusiasta, íntrépido, posees todas las nobles y jenerosas cualidades, todos los buenos sentimientos que inspiran la primavera de la vida siempre tan pura y tan hermosa, y consiente en esponer tu cabeza en defensa de las doctrinas de Calvino! No puedo creerlo, no lo creer jamás!

Donato. Basta! Insultar á mi maestro, insultarme á mí!

Servet. Mientes!

Donato. ¡Servet!

Servet. Mientes, te digo! Mientes porqu á tu maestro le detestas! le aborreces! ¡Oh perdon, perdon; pero, ves, todo lo he adivinado, sí, lo he adivinado, porque te aprecio no comprendo el motivo de este cariño, de es entrañable afecto, pero es así.—Y lo he vist lo estoy viendo aun, tú tienes una máscar una máscara qne me oculta tu rostro y tus l grimas. ¡Oh! Donato, puesto que uno de los d debe morir, no nos odiemos al menos; am monos al contrario una hora, un solo instan y que mañana el vencido muera llorado por vencedor....

Donato. ¡Oh Dios mio! esa voz, esas pa bras... Apártate, tentador.

Selvet. ¡Donato!

Donato. Retírate!

Servet. ¡Escúchame!

Donato. Nada quiero escuchar, bastante oido ya. Yo amarte! amar al sacrílego blasfemo, al enemigo acérrimo de mi mae y de mi Dios, amar á Miguel Servet!.. No un infame, ni un impío, comprendes! á infames los desprecio, á los impíos los maldi

Servet. ¡Ah!.. (*Una pausa*). La maldi de este jóven me ha destrozado el alma. (*A cándose á Donato*). Donato, podeis en b hora maldecirme, si es que pensais sea un men haber amado la humanidad, crímen el cual moriré sin avergonzarme. Sí, he co batido á vuestro maestro en nombre del a y de la caridad, pues desde el dia en que vino ha dicho: «El hombre no es libre» previsto que no faltarian otros espíritus dia licos que fundados en esta doctrina, escla rian: Es Dios quien ha hecho á los escojid á los condenados; respetemos á los esco que son los felices y los poderosos de la ti y no nos compadezcamos de los ayes y lar tos de los condenados, que son los desgraci y los pobres.—Y eso seria infame, porqu hombre es libre, sí, es libre, y los que le gan de cadenas, los que le hacen soport peso de la miseria y de las lágrimas, no

, los apóstoles, sino los enemigos del Eter-
!!!

DONATO. ¡Servet! (*Da un paso hácia él y
go se detiene*). Pero ¿á qué vienen estas cues-
nes?... Mañana cumpliré mi deber y nada
s... Adios... necesito estar solo y recojerme.
Se aleja. Servet le mira y le llama).

ERVET. ¡Donato!.. una palabra no mas. Yo
sé qué es lo que me atrae hácia tu juven-
y conmueve mi corazon al mirarte, cuando
obstante, uno de los dos debemos morir,
ndo el uno debe matar al otro. ¡Ah! esto
horroroso, es atroz; pero en fin es la ley;
el cielo puede decidirlo. Mas una vez que
es irrevocable, puesto que eres tú el que
debe condenar, ó yo quien debe perderte,
cha: portémonos como héroes, hagamos
o en otro tiempo lo hacian los gladiadores
iban á morir por César.... abrazémonos.
*nato vacila, mira á Servet, hace un mo-
ento y por último se arroja en sus brazos*).
n jóven, tan hermoso, esponerse á morir!..
! en verdad ese hombre es muy cruel.
nos, Donato, dime, si no fueses afortu-
en la acusacion, si te sucediese una des-
ia, si no tuvieses en fin otro remedio que
uerte, tienes una madre, nó es verdad?
derramaria abundantes lágrimas. Pensar en
cosas es horrible por cierto, pero no im-
, es preciso pensar en todo, preverlo
.. Dime el nombre tu madre...

NATO. ¡Mi madre! ¡Ah! no tengo...

REVT. ¡Es muerta!..

NATO. Muerta... no! madre mia! Vos me
is pedido el nombre de mi madre! No
madre, sino una mujer, un ángel de
ad que una mañana de invierno muy rigu-
me recojió en el umbral de su casa. ¡Oh!
llegase á morir y pudieseis vos conocerla,
lle mi última lágrima y mi último suspiro
idle que Donato ha muerto bendiciéndo-
decidla que soy dichoso, que he volado al
á unirme con un mártir que fué mi padre.

(*En este momento toca la campana para que vuelvan à entrar los presos.*)

SERVET. Su nombre... ¿cuál es el nombre de esta mujer?

DONATO. Es la esposa de mi maestro, es Ideleta de Bures...

SERVET (*estremeciéndose*). ¡Ideleta de Bures! ¿Y el nombre del mártir... el nombre de tu padre?

DONATO. El conde Villanueva.

SERVET. ! Villanueva!!!

(*Servet permanece un instante aterrado.*)

ESCENA VII.

Los mismos, POTIN, (*entra precipitadamente.*)

SIMON. Vamos, señor Donato.... apresuraos, sino quereis ser reconocido. Hé aqui á los prisioneros que van á entrar.

(*Entra Donato en su calaboza y cierra la puerta. Comparecen los prisioneros.*)

SERVET (*quiere lanzarse hácia Donato, pero nò encuentra mas que una puerta cerrada*). ¡Hijo mio!!! No; lo habré comprendido mal. ¡Oh Dios mio! yo me vuelvo loco!!! ¿Qué pruebas me será posible alegar?.. Mi nombre de Villanueva está sepultado en Basilea, en la tumba de un ajusticiado...

SIMON, (*yendo á la puerta del calabozo de Servet.*) Señor Servet, es la hora ya, no espero sino á vos.

SERVET (*sacando sus papeles*). ¡Ah! estos papeles... son toda mi defensa, no pueden menos de reportarme el triunfo.... pero han de causar indispensablemente para ello la muerte de Donato!,..

(*Acércase con ansia al calabozo de Donato y por la ventanilla le arroja los documentos.*)

SIMON. Vamos, señor Servet, vamos adentro!

SERVET. Cúmplase mi destino, no quiero defenderme!

CUADRO OCTAVO.

Ideleta de Bures.

La misma decoracion que en el cuadro tercero.

ESCENA PRIMERA.

BONNIVARD, CALVINO, IDELETA.

(*Ideleta está sentada á la derecha delante de la escena ocupada en su rueca triste y taciturna. Entra Calvino precipitadamente seguido de Bonnivard.*)

CALVINO. Es necesario vayas inmediatamente á la casa de la ciudad, y que á toda costa veas al primer síndico.

BONNIVARD. No ignorais, señor, que esta mañana he logrado salvarme por milagro, gracias al tumulto habido en casa de Pecolat. Toda la faccion de los libertinos se hallaba muy ajitada reunida en el patio, y no creo tarden en esparcirse por la ciudad; si por desgracia me encuentran, estoy perdido.

CALVINO (*sin contestarle*). Ah! me han robado las armas... las armas que me pertenecian! Son ladrones á quienes haré juzgar como traidores y reos de estado. Ese Cigogne! dejarse cojer como una zorra... Tamaña accion, tan negra perfidia, la pagará con la vida!... Oh! pero, no han vencido todavía... poco temor me inspiran; á otros mas fuertes y peores que ellos he calmado y dominado. Vé, pues, te repito, á la casa de la ciudad; que el síndico reuna al instante el consejo, que sin perder un solo minuto haga comparecer á Servet y sea juzgado inmediatamente. (*Mirando fijamente á Ideleta.*) Me place mucho esteis por aquí, señora.

BONNIVARD. Juzgar á Servet en momentos tan críticos, cuando hay una multitud furiosa y decidida á atropellarlo todo!... Ah! no tendrán valor para ello!

CALVINO. Diles que al primer toque de la campana de la catedral, reunan todo el consistorio, á los ancianos, á los doctores, á los diáconos y seglares, lo propio que á la fuerza armada, haciendo de presidente el capitan coronel; que corran todos á tomar asiento en la gran sala del consejo, con los veinte y cinco consejeros y los miembros de los cincuent que los cuatro síndicos con su príncipal, jueces, los municipales, todos los que ciñ espada ó empuñen una vara de justicia, báculo pastoral, todos, repito, acudan á aq lugar; que los ciudadanos adictos á mi cau presten su pecho cual muralla y que entonc cuando estén todos reunidos y Servet en m dio del consistorio, cuando toquen las camp nas á rebato, me presentaré en el tribuna allí arriesgando todos los peligros, arrastr do sobre mi cabeza toda responsabilidad, a saré á Servet y, si bien no podré alegar pr bas, le convenceré de todos los crímenes y litos, invocaré sobre él la venganza de Dio al instante mandaré ejecutar la sentencia. P manece tranquilo, Bonnivard, esta tarde m ma oirás anunciar el suplicio.

BONNIVARD. Y qué! tanta audacia mostrar

CALVINO. Audacia! Qué palabra habeis p nunciado? Yo obedezco la voz del Señor cuando el Señor me dice: Puedes herir, ejecuto. Ni tengo audacia, ni temor, teng entiendes? Véte, véte, déjame en paz. (*A á Ideleta.*) Véte, te digo. (*Bonnivard se in na respetuosamente y sale.*)

ESCENA II.

CALVINO, IDELETA.

CALVINO (*á sí mismo*). Quiero por últim hablar á esta mujer y ver si su silencio estallar mi cólera. (*Ideleta pàlida, silen y sombría prosigue en su ocupacion. Acé á ella Calvino.*) Ya habeis oido, señora órdenes que acabo de dictar; he hablad vuestra presencia, porque queria persua que nada podria librar á Servet del justo tigo del cielo. Ese hombre ha blasfemad Cristo, ha escarnecido é insultado mi doc ha venido á desafiarme aquí, en mi cas ha atrevido á hablaros á vos, ha intentado

r una revolucion en vuestra alma, en vues-
espíritu y en vuestras creencias, ha proba-
en fin deshonrarme... morirá, pues, mori-
, os repito, y nada podrá salvarle, ni el en-
ño, ni la traicion, ni la violencia. (*Vá acer-
ndose mas.*) Reflexionad sériamente, Ideleta;
ierto Miguel, volveis á caer bajo mi poder,
mentado, si así puedo espresarme, con el pe-
de mi resentimiento; preciso os es por tan-
olvidar el presente, con el cual nada po-
s, y pensar en el porvenir que vuestra ce-
edad y vuestra obstinacion os preparan.
rante mi sueño os habeis acercado á mi le-
, y os habeis aprovechado de él para ro-
me á mansalva las pruebas de la herejía de
guel, y desde este dia todos los medios he
sto en práctica, os he interrogado, os he
nazado, os he suplicado... Qué habeis he-
de esos papeles, de esos documentos! Don-
están, devolvédmelos, yo los quiero, los
esito!.... Pero nó, tambien sin ellos puedo
nzar mi objeto, sí, puedo hacerlo, os di-
haré condenar á Servet por el consejo que
uzgará sin pruebas; y advertid que no es
isamente para mí por lo que os las pido,
es para vos misma, para vuestra salud en
cielo, para vuestro descanso en esta vida,
violencia) para vuestra seguridad en mi
.

ELETA (*con voz tranquila*). En efecto, se-
teneis mucha razon en lo que decís, no
ocultaros nada.

LVINO. En fin, vas á decirme...

ELETA. Voy á deciros donde están las prue-
que os he robado.

LVINO. Donde están, dí?

ELETA. Miguel las tiene.

LVINO. Miguel!.. Miguel las tiene!.. Pero
s imposible, habia tomado todas las me-
, todas las providencias...

LETA. Todas vuestras precauciones han
urladas...

VINO. Y quién ha osado...

LETA. Yo!

VINO. Vos!

LETA. Yo, entendeis, sí; yo he ido á ca-
Pecolat y le he confiado los papeles, ha-
le antes jurar que los entregaria á Mi-
Hallábanse reunidos allí todos sus amigos
lian armas, yo entonces me acordé de
palabra que por la mañana Cigogne me
dicho, y les revelé al instante la hora y
ir á donde debia llegar la barca que es-
perabais.

CALVINO. Vos habeis hecho esto!

IDELETA (*se levanta*). Sí, señor.

CALVINO. Pues entonces caiga la maldicion del cielo sobre tu cabeza!.. Entre tanto corro á frustar todos tus planes y burlar tus venganzas, conforme tú te has burlado de mi justicia. Al instante Ginebra entera va á obedecerme y á levantarse en masa, y te juro por el Dios vivo que harémos á Servet terribles funerales. Adios!...

IDELETA (*corre á colocarse delante de Calvino con los brazos cruzados y erguida su cabeza.*) No saldreis de aquí, Calvino!

CALVINO. Como!

IDELETA. Os lo repito, no saldreis.

CALVINO Cuál es vuestro proyecto?

IDELETA. Mi proyecto es el que no quiero que salgais de aquí.

CALVINO. Mujer, aparta, mira que es terrible mi cólera.

IDELETA (*con espantoso acento*). Y la mia! (*Con mas calma*). Oh! gritad tanto como querais, Calvino; esta mañana vos mismo habeis despedido á los vuestros para que fuesen á juzgar á Servet; por consiguiente nadie hay por aquí que pueda oiros, nadie que pueda venir á socorreros.

CALVINO. Señora, no sabeis lo que estais haciendo, y vuestro espíritu se halla alterado.

IDELETA. Qué no sé lo que me hago? Qué mi espíritu sufre algun estravío? (*Rie*). Nó, al contrario, vos sois el que no sabeis lo que os decís; considerad que todo lo tengo bien calculado. Ah! es verdad, yo no soy mas que una pobre mujer, que todo lo ignora, que no conoce á nadie, á quien ningun rumor de á fuera llega á sus oidos. Hoy mismo he visto á vuestros enemigos, les he hablado, sé el número, yo misma estoy iniciada en sus planes y complicada en su conspiracion, y creeis buenamente que os permitiré salir para que vayais á encontrar á los vuestros, á fin de inspirarles y comunicarles todo vuestro veneno, á fin de fanatizar con vuestra presencia á esos esbirros, á esos italianos y obligarles á hacer lo que sin vos ni siquiera soñarian?.. Oh! Calvino! conozco mejor que vos mismo todos vuestros recursos y toda vuestra política! A fé mia, seria bien necia si teniéndoos aquí, bajo mi mirada, bajo mi encono, bajo mi furor y mi poder, os permitiera que fueseis á poner en práctica vuestras siniestras intenciones, á eje-

cutar vuestros infernales designios! Nó, Calvino, no saldreis de aquí; el acusado no tendrá acusador; el proceso caerá por sí mismo bajo los silbidos y risas del populacho... Pero podeis darme gracias aun, pues os salvo la vida! (*Las campanas empiezan á tocar.*)

Calvino. ¡Miserable! Piensa mas bien en la tuya... ¡Ah! es la guerra, es el ódio, es la venganza lo que me propones?... ¡¡Y bien! tanto mejor! necesitaba tambien envolverte en mi cólera! (*Intenta salir, pero Ideleta se precipita hácia la puerta y le impide la marcha.*)

Ideleta. Sí, es el ódio, sí, es la guerra, la guerra implacable y sin tregua. ¡Ah, infame! vos me habeis engañado, me habeis arrancado vilmente á mi fé, á mis amores, al esposo que Dios me habia dado. ¡Ah! de esta suerte me habeis tomado; yo sincera y fiel, yo sencilla y confiada he dado crédito á vuestras promesas y durante diez y seis años, diez y seis años de luto y de lágrimas, vos me habeis hecho desleal y adúltera... Sí, adúltera...—Oh! no vengais á oponerme aquí vuestros dogmas y vuestra iglesia, yo he nacido anabaptista y vuestro Dios no es el mio.— Sí, lo repito, vos me habeis hecho adúltera, porque Miguel vivia y vos lo sabiais; vos me habeis perdido, porque yo era buena y pacífica, y ahora me habeis convertido en un mónstruo, habeis alterado mis creencias y habeis causado en mí espíritu una revolucion moral. ¡Oh! insensato! insensato, que no te has acordado que esta mujer, cuyas convicciones, cuyas ideas pretendias desarraigar, es hija de los aldeanos de Suabia y de Franconia, que ha nacido de la sangre de tus víctimas y que su padre ha muerto heróicamente en el campo de batalla, ha muerto en Thuringe entre los combatientes de Munzer... ¡Ah! tú lo has olvidado, bien! ahora la esclava humillada y embrutecida bajo tu despótico yugo se levanta: el cordero se vuelve tigre y la mujer hombre!... (*En este instante redobla el sonido de las campanas.*) Y entretanto, todos los que odiais, todos los que aborreceis de muerte á ese hombre, corred, marchad por esas calles con la espada desnuda, venid, aquí está, inmóvil, caido en el lazo y detenido por una mujer; sí, detenido, te digo, porque nosotros nos hallamos solos, enteramente solos, frente á frente, tú temblando y pálido, yo serena y resuelta, tú con la desesperacion en el alma, yo con el ódio en el corazon y este puñal en la mano!...

(*Hay una breve pausa, durante la cual cesan de tocar las campanas y reina el mas profundo silencio. Ideleta permanece en una de esas actitudes tranquilas, pero al mismo tiempo formidables que manifiestan la mas grande desesperacion. Calvino ha quedado inmóvil.*)

Calvino. Acabais, Ideleta, de romper sino por aquí bajo, al menos por la eternidad, el vínculo que nos une el uno al otro y que yo habia procurado estrechar mas y mas bajo el doble aspecto de clemencia y de redencion. Pero bien, no hablemos mas de ello, y decidme: ¿quereis hacer víctima de nuestras venganzas al que movido de una ardiente caridad, adoptamos por hijo?... ¿Quereis perder á Donato?

Ideleta. Donato!... he pensado en ello. Asi que vuelva le entregarán una carta mia y lo sabrá todo.

Calvino. ¿Cuando vuelva, decis? ¿Sabeis dónde está?

Ideleta. Fuera de Ginebra, me han dicho, á desempeñar algun encargo vuestro.

Calvino. Donato está aquí, en la ciudad, y si yo quiero correr al tribunal, es porque no quiero que Servet triunfe, porque si Servet triunfa, Donato muere.

Ideleta. ¡Muere! ¿Qué es lo que acabais de decir? ¿Qué habeis hecho de Donato?

Calvino. Le he hecho acusador de Miguel

Ideleta. ¡Hombre infernal! ¿Sabes lo que has hecho?

Calvino. He armado la inocencia contra la impureza.

Ideleta, ¡Has armado al hijo contra el padre!

Calvino. ¡Qué oigo!

Ideleta ¡Sí, el hijo contra el padre! y soy yo, yo la madre, quien te lo dice!

Calvino. ¡Gran Dios!!!

Ideleta ¡Y yo estoy aquí, sin que lo hay sabido antes, sin que haya podido librarle de la muerte!

(*Sube vivamente la escena: las campanas vuelven á tocar.*)

¡Cielos! esas campanas... todavia esas horribles campanas!... ¡Ah! me vuelvo loca!... ¿Qué significa el toque de esas campanas?

Calvino. Esas campanas dan á comprender que es muy tarde ya y que los jueces han pronunciado ya su fallo.

(*Confuso rumor afuera; se oyen en la ca*

tiros. Ideleta lanza un grito: comparece nato.)

ESCENA III.

IDELETA, DONATO, CALVINO.

DONATO. (*Está pálido, abatido, tembiando sus vestidos estropeados denotan una lucha enta. Ideleta se precipita sobre él y mira está herido; este la aparta dulcemente y sin rcibirlo, y habla consigo mismo como azorado.*)

Y ni siquiera ha querido defenderse!... Tenia razon esos hombres, allí, en la calle; mera, gritaban, muera el asesino de Servet! Es muy justo, puesto que no ha querido defenderse... y que ha sido condenado...

CALVINO (*brúscamente.*) Condenado, condenado, has dicho?

DONATO. Condenado al castigo de los sacrílegos y de los impíos... al suplicio del fuego.

IDELETA. Oh! Desgracia! desgracia!

CALVINO. Las pruebas, los papeles... ¿los tienes, pues?

DONATO. ¿Los papeles? Sí, ayer los encontré en mi calabozo.

CALVINO. ¿Quién te los entregó?

DONATO. Yo no sé. ¡Oh! me he servido cruelmente de ellos, y él, lo tengo bien presente, mientras le estaba acusando, mientras me abandonaba á toda mi cólera y hacia caer sobre su cabeza mis imprecaciones, me miraba con mas dulce ternura y me hacia sentir toda la estension de su amor. Ni una sola palabra ha dicho, no ha querido defenderse!

IDELETA (*llorando.*) Nó, no se ha defendido, no podia defenderse, porque ese hombre, entiendes, Donato? ese hombre es Villanueva.

CALVINO. ¡Señora!

IDELETA. Ese hombre!... es tu padre!

DONATO (*conmovido.*) Mi padre!! Es mi padre!... Ahora comprendo las terribles emociones que esperimenta mi corazon! Mi padre, él! (*A Calvino.*) ¿y sois vos, monseñor, quien me ha hecho parricida?

(*Movimiento de Calvino.*)

IDELETA. Donato, cálmate! ¡Oh! no le amenaces, no le injuries, yo tambien ahora mismo le estaba insultando y amenazando, pero, él tiene en sus manos nuestros destinos. Oh! déjame implorarle.

DONATO. ¡Deteneos, madre mia! (*Dá un paso hácia Calvino.*) Señor, ya nada os debo; el pan que por limosna me habeis dado, está horriblemente recompensado; así pues, voy á partir al instante, renunciando á tu falsa doctrina y á tu impostura.., tus enemigos, se dice, están por allí bajo, voy á entregarme á ellos, voy á ofrecerles mi brazo y este puñal...

(*Recoge el puñal que se le habia caido á Ideleta.*)

IDELETA. ¡Donato! hijo mio, á donde vas?

DONATO (*apartándose de los brazos de su madre.*) ¡A salvar á mi padre ó á morir!

(*Ideleta despide un grito y quiere seguirle, pero Calvino se arroja sobre ella, la detiene y la obliga á caer de rodillas.*)

CUADRO NOVENO Y ÚLTIMO.

El padre y el hijo.

Una plaza delante la catedral de San Pedro. La puerta principal de la iglesi está en el segundo plano, cortando el ángulo á la derecha. Á la izquierda vinienc del fondo hasta parar al primer plano una calle estrecha, tortuosa y cuya perspec tiva conviene descubrir. Á la derecha y delante de la iglesia una casa, y arrimac á ella un banco que hace frente al espectador. Al horizonte el lago rodeado por l montañas alpestres. Entre el lago y la escena las casas de la ciudad baja. El dia declinando.

ESCENA PRIMERA.

DONATO, PECOLAT, ROBERTO COP, PEDRO AMEAUX, MATEO FELIPE, HUGO VANDEL, LIBERTINOS ARMADOS.

(*Al levantarse el telon ocupan el fondo del teatro.*)

¡Viva la república! ¡Viva Servet! ¡viva Donato!

DONATO. ¡Amigos, soy de los vuestros! Pecolat os lo ha dicho todo y os responde de mí. Compañeros, vuestra garantía es mi ódio; mi valor es mi desesperacion. Todo el que ame á Miguel, que me siga, porque Miguel es mi padre!

PECOLAT. Y nosotros le salvarémos. Vamos, presto, veamos, ¿cuàles son nuestras fuerzas?

BERTHELIER. Yo tengo cien hombres en el claustro de san Victor.

ROBERTO COP. Todos los pescadores de la costa son tambien de mi partido y se dirijen hácia la ciudad.

HUGO VANDEL. Yo tengo cincuenta hombres que llegan de mis tierras de Puplinge y de Ambilly.

PEDRO AMEAUX. La mayor parte de nuestros amigos se han hecho ya dueños de la Cité, y al instante mismo que demos la señal, van á atacar el castillo de l'Ile.

DONATO Yo quiero marchar al frente de las primeras filas.

PECOLAT. Y yo iré contigo! Señores, ha sonado ya la hora, adelante, pues, y que Dios nos proteja!

TODOS. (*Movimiento general.*) ¡Adelante! marchemos!

ESCENA II.

LOS MISMOS, CALVINO.

(*Sale Calvino de la catedral y se presen en las gradas del templo.*)

DONATO. ¡Calvino!

CALVINO (*con voz atronadora.*) ¡Deteneos (*Todos se vuelven mirando á Calvino.*) y profaneis de este modo el nombre del Eter (*Baja.*)

TODOS. ¡Calvino!!

CALVINO. Sí, soy yo, yo solo contra to vosotros, yo sin armas contra vosotros arr dos.... contra los mosquetes que me habeis bado.

PECOLAT. No vengais á injuriarnos, Juan Noyon.

PEDRO AMEAUX (*apuntándole su carabin* Aguarda, ya te haremos callar.... ¡Muera traidor!

TODOS. ¡Muera! (*Le encaran sus armas.*

CALVINO. ¡Disparad! Herid! (*A su mir y á su gesto parece tiemblan todos y vuelve levantar los mosquetes.*) ¡Insensatos! matar á mí! ¡Cómo si pudiesen matarse las id Vosotros sois doscientos, trescientos, deci yo solo soy un ejército, un mundo; mis sol dos, mis fuerzas son los millares de inteli cias que he armado con mi palabra y equi do con mi fé. Muerto, reviviré en todas e abatido, volveré á levantarme triunfante.

DONATO. Eres tú, Calvino, el que habla tú que vas á matar á mi padre!

TODOS ¡Muera el verdugo de Miguel!

CALVINO. (*En actitud amenazadora.*) guel! Miguel es muerto inmediatamente, atreveis á dar un paso mas.

PECOLAT. ¿Qué dice?

CALVINO. ¡Ah! olvidais, señores, que ter-
le como el leon, soy, cuando conviene, as-
o como la zorra. Miguel, habeis dicho?
es bien! en el mas profundo de los calabo-
de l'Ile hay dos hombres, el uno cargado
cadenas, es Miguel, el otro en pie, es el
dugo, (*Rumores.*) sí, el verdugo, quien
primer disparo que se oiga en la ciudad, al
mer síntoma de alarma, al primer paso que
los revoltosos, levantará su segur y roda-
por el suelo la cabeza de Miguel. (*Cruza
brazos.*) Ya veis, señores, que soy yo
en manda aquí.

BERTHELIER. ¡Eh! marchemos, no importa
; Servet, si es necesario, aceptará tam-
la muerte.

ALVINO. Os engañais; Miguel ha pedido la
. (*A Pecolat, entregàndole una carta.*)
a y lee.

ECOLAT (*leyendo.*) «Hermano: Quiero vi-
Ayer no temia la muerte; hoy me causa
or: ayer no era sino un ente orgulloso, la
tencia era para mí una carga insoportable;
soy padre.... Se me ha ofrecido la vida á
nsas de una abjuracion.... y he aceptado.
uel.»

ONATO. ¡Una abjuracion! ¡Mi padre des-
rado!

AVINO. Ó muerto. Él ha hecho ya su elec-
, ahora es toca, señores, hacer la vues-

ECOLAT. ¡Oh! Servet, Servet! Y cuántos
ficios, cuántos trabajos tendremos qué
strar para salvarte!

ERTHELIER. ¡Y bien, Pecolat!

ECOLAT. (*Sombrio.*) No quiero combatir....
Calvino.) Calvino, aplazamos nuestra con-
a.—Tú, Berthelier, al claustro de san
or; tú, Pedro Ameaux á la Cité. Que de-
an todos las armas. Retiraos!

*os libertinos se alejan por diferentes di-
ones.*)

ESCENA III.

DONATO, PECOLAT, CALVINO.

ECOLAT (*á Calvino.*) Miguel me salvó la
en un terrible conflicto, y yo por mi par-
juré salvar la suya, si algun dia se viere
azada. El juramento que hice, está cum-
ya.

DONATO (*á sí mismo.*) ¡Una abjuracion!

CALVINO (*á Pecolat.*) Está bien.

(*Sube la escena y hace un signo: al instante sale del templo un hombre de armas llevando una bandera que ajita. Se oye á lo léjos un cañonazo.*

En este momento caen las cadenas de Miguel.

(*Las campanas vuelven á retumbar en los espacios.*)

Ya sale Servet de su calabozo, se le conduce á esta plaza. Si se retracta de sus palabras, si abjura, queda libre.

(*Sale lentamente por la izquierda.*)

ESCENA IV.

DONATO, PECOLAT, *despues el pueblo.*

PECOLAT. Venid conmigo, Donato, no os quedeis en esta plaza.

DONATO. Nó; quiero ver á mi padre.

PECOLAT. Creedme, no asistais á su horrible sacrificio.

DONATO. A su abjuracion, decíd mas bien.

PECOLAT. Mirad, la multitud se estiende al rededor de nosotros; la plaza va á ser invadida.... Venid!

DONATO. Nó, nó, quiero ver á mi padre, le veré, os lo repito.

(*Déjese caer sobre el banco á la derecha.*)

ESCENA V.

Ciudadanos, soldados, PECOLAT, DONATO, *en seguida la comitiva,* CALVINO, SERVET, *el sìndico, etc.*

VOCES EN LOS GRUPOS. La comitiva! la comitiva! aquí está! plaza! plaza!

(*El cortejo desemboca en la plaza por la calle de laizquierda. Primeramente un piquete de soldados en seguida el consistorio, despues los ancianos y los diáconos. Vienen despues los heraldos de la villa con la capa medio partida colorada y amarilla. En pos de ellos los cuatro síndicos con traje talar negro, ribeteado de armiño y el baston sindical en la mano. Detrás de los síndicos y solo, Calvino. La muchedumbre se lo enseña con señales de terror. Trás de él otra escolta y por fin el paciente cubierto con un traje negro y la cabeza desnuda.*)

PECOLAT. Levántate, Donato. Ahí está tu padre.

(*Los archeros que cierran la comitiva obligan al pueblo à alinearse. Servet queda solo en mitad del teatro, el síndico á un lado, al otro el verdugo. Los síndicos y pastores se han colocado en las gradas de la iglesia. Calvino está en pié y solo en la última grada.*)

El síndico (*á Servet*). Oid, Miguel Servet.

Calvino (*al pueblo*). Ciudadanos de Ginebra los síndicos y miembros del consejo supremo de la república, os declaran por mi boca que perdonan á Miguel Servet del suplicio al cual habia sido justamente condenado. Se le deja la vida para que tenga tiempo de purgar sus faltas (*á Servet*). Miguel Servet, el hombre que existe en mí te perdona y olvida tus ultrajes. Pero Dios debe triunfar.

Servet (*á sí mismo*). Ese hombre! ese hombre! mezclar el nombre del Señor á los siniestros arranques de su orgullo!

Calvino. Ahora, en seguida, y ante el pueblo reunido, vas á confesar tus crímenes, retractar tus errores y declarar que tus impíos escritos te fueron dictados por el demonio.

El síndico. Arrodillaos, Miguel Servet, y repetid la abjuracion que os va á dictar el señor Calvino.

Donato (*con voz sorda*). Esto es horrible, Dios mio!

Servet (*á sí mismo*). Retractarse!... renegar de mí mismo... asesinar mi pensamiento!.. — Oh! sostenedme, Dios mio!

Donato (*cediendo á un impulso que no ha podido reprimir*). Padre mio!

Servet. Donato!

(*Movimiento general. Se arrojàn uno en brazos de otro.*)

Servet. Oh! Dios es quien me lo envia.... no llores, hijo mio! gracias te doy por haber venido... sí, porque es por tí, por tí solo por quien voy á humillarme... y ahora, tendré valor para ello, puesto que estás aquí y que te veo. Sí, sí, tendré valor.

Donato. Padre mio, vais á deshonraros.

Srevet. Pero en cambio, voy á vivir contigo y para tí. — Donato, hijo mio, mi soñada felicidad! — escucha, esta misma noche nos irémos, serémos libres, serémos dichosos.

Donato. Dichosos, decís? dichosos con la desesperacion en el alma.

Servet. Oh! no digas esto, no lo digas. Todos los que son padres me perdonarán. Ya lo veo, el hombre que te ha educado, te ha inspirado su intolerancia... pero, ya te lo esplicaré, es preciso no tomar por lo sério todas esas quimeras del espíritu.

Donato. Qué estais diciendo, padre mio!

Servet. Y qué, despues de constantes pesquisas por espacio de diez y seis años, despues de haber perdido toda esperanza, te encuentro por fin, estas aquí lleno de juventud, de vida, é iria yo á morir! Mis ojos, estos ojos que te contemplan ahora, se cerrarian para siempre. Nó, nó, perezca mi nombradía, pero que yo viva... que no deje mi corazon de latir junto al tuyo!

Donato. Y ese pueblo.... tantas miradas insolentes clavadas en vos!

Servet. A tí solo es á quien quiero ver.

Síndico. Miguel Servet, el consistorio y los síndicos aguardan.

Donato. Padre mio, vas á arrodillarte ante esos hombres.

Servet. Arrodillarme! sí, y qué importa? Nó eres tú la divina recompensa de mis sufrimientos? Permanece tranquilo, me siento con sobradas fuerzas.... y, vas á verlo, ni palidecerá siquiera. Pero, sobre todo, que no te muevas de aquí, que mis ojos no abandonen tus ojos. (*A los síndicos*). Estoy pronto, señores! (*Se arrodilla.*)

Calvino (*leyendo la fórmula*). En nombre de Dios! fuente de toda verdad.... (*interrumpiendose*) Qué es esto?

(*Óyense lejanos rumores que van aumentando por grados. Suena el toque de rebato. Dispáranse algunos tiros. Movimiento general en la escena. Pecolat se arroja fuera de la escena dando un grito.*)

Pecolat. La revolucion! la revolucion!

Calvino. Qué es esto, Dios mio! Se habrá sublevado el pueblo.... Oh! los libertinos! los libertinos! (*A los soldados señalándoles á Servet*) Apoderaos de ese hombre, y caiga su cabeza á mi primera señal.

Donato (*arrojándose entre Servet y los soldados*). Atrás! Antes teneis que pasar por encima de mi cadáver. El pueblo está aquí; el pueblo triunfa!

ESCENA ÚLTIMA.

El toque de rebato va continuando y se ha oido varios disparos mas. — El pueblo y los libertinos se precipitan en escena. — Trábase una lucha con los soldados en que estos quedan vencidos y desarmados. Calvino ha desaparecido. Confusion general por un momento. Ideleta *que ha entrado con el pueblo se ha lanzado en brazos de Servet y de Donato.*

Ideleta. Servet! hijo mio!

Pueblo. Muera Calvino! Viva Servet! Mueran los tiranos!

Servet. Ideleta!

Donato. Madre mia!

Ideleta. Sí, yo le he impulsado á ese pueblo, yo, loca, frenética, delirante, me he lanzado á la calle gritando: Venganza! y el pueblo y los libertinos han venido trás mí repitiendo: Venganza! Oh! esposo mio! hijo mio! (*Forman grupo abrazándose.*)

Pecolat (*apareciendo*). Ciudadanos, el toque de rebato anuncia la libertad de Ginebra. El tirano ha muerto. Ginebra es libre. Ciudadanos, dad gracias al Señor!

(*Abrense las puertas del templo y aparece magníficamente iluminado su interior. El pueblo se arrodilla.*)

FIN.

Obras publicadas en la biblioteca dramática:

JOYAS DEL TEATRO.

CARLOS VII ENTRE SUS VASALLOS, drama en 5 actos de Alejandro D mas: traduccion en verso de D. Victor Balaguer.—4 rs. en Barcelona y 5 fuera

LOS QUID-PRO-QUOS, pieza en un acto y en verso de D. Juan Mañé y Manuel Catalina. — 2 rs. en Barcelona y 3 fuera.

MATILDE, drama sacado de la novela *Matilde ó memorias de una muger gran mundo,* de Eugenio Sue, traduccion de D. Arturo Vilgabec. — 4 rs. en B celona y 5 fuera.

UN CORAZON DE MUGER, drama en tres actos, original de D. Victor B laguer. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

EL CONDE DE MONTE-CRISTO, drama en 4 actos, escrito en francés A. Dumas y A. Maquet. (1.ª parte) arreglada al teatro español por D. Franci Luis de Rétes y D. Victor Balaguer. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

EL CONDE DE MONTE-CRISTO, drama en 3 actos y un prólogo (2.ª par original de D. Victor Balaguer y D. Francisco Luis de Rétes. — 4 rs. en Bar lona y 5 fuera.

EL HIJO DEL DIABLO, drama en ocho cuadros precedidos de un prólogo, crito en francés por los SS. Pablo Feval y Saint-Yves, y arreglado al teatro es ñol por D. Francisco J. Orellana. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

DIEGUIYO PATA DE ANAFE, juguete cómico andaluz por D. Andrés A lino de Orihuela. — 2 rs. en Barcelona y 3 fuera.

VIFREDO EL VELLOSO, drama en 3 actos precedido de un prólogo, por Victor Balaguer y D. Juan de Alba. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

LAS CUATRO BARRAS DE SANGRE, (segunda parte de *Vifredo el Vell* drama en cuatro actos, original de los señores D. Juan de Alba y D. Victor B guer. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

AMARGURAS DE LA VIDA, drama en cinco actos, por D. Andres Avelin Orihuela. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

LOS LIBERTINOS DE GINEBRA, drama en nueve cuadros de Márco Four arreglado al teatro español por D. Arturo Vilgabec y D. Cirilo Athonna. — 4 en Barcelona y 5 fuera.

EL JUDÍO ERRANTE, drama fantástico en cinco actos y un epílogo, tra cion de D. Manuel de Malibran. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

Nuevas adquisiciones que ha hecho el editor de esta biblioteca.

El libro negro, magnífico drama de Leon Gozlan, que ha alcanzad Paris un éxito asombroso.

La peste negra, hermoso drama del vizconde d'Arlincourt, tradu de D. Antonio Alrich.

Misterios de Barcelona, original de D. Victor Balaguer.

La taberna del diablo, traducida del francés.

El mariscal Ney, idem.